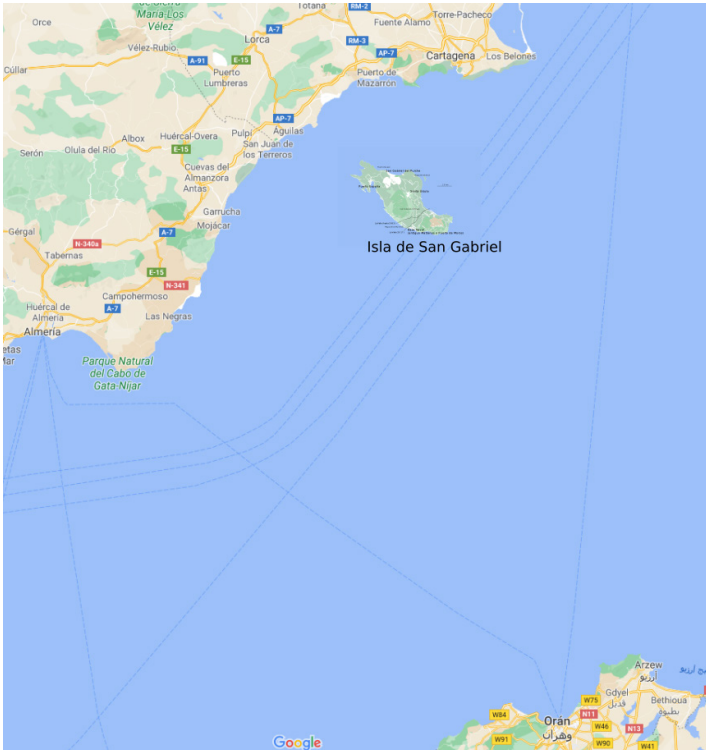




Viaje a Transyldavia

Alejandro Sancho Royo



PDF creado el 19 agosto, 2021

Esta es una edición sin carácter comercial.

Los derechos de autor deben ser respetados.

Puedes compartir este texto tal y como está conforme a lo especificado en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

Se ruega comunicar al autor con quién se ha compartido en:

alejandrosanchoroyo@gmail.es

Viaje a Transyldavia

La Isla (2)

Índice

I.....	5
II.....	39
III.....	75
IV.....	103
Epílogo.....	127



I

(San Gabriel, julio 2018)

A esta hora del día los cuerpos no dejan sombra en el suelo. Los círculos oscuros de sombra coinciden casi perpendicularmente con las coloridas sombrillas de la playa. El mar, ese azul que va y viene, se mantiene sereno —como un plástico extendido— con ligeros ribetes de puntilla, espumilla entre blancuzca y amarillenta en la orilla. La playa de los Abedules está a reventar. No más de cinco metros entre ese borde espumoso y la primera de las sombras, unidas la una con la siguiente. Varios niños juegan en la orilla con sus palas y rastrillos. El agua, que según la información del día carece de medusas, no está demasiado concurrida. Han pasado más de tres horas desde el mediodía y los que no están comiendo están adormilados. Algunas embarcaciones pequeñas, motos de agua y bañistas haciendo surf de pala pasan al otro lado de la línea de boyas que protege la playa.

Entre el lejano zumbido de las motos de agua y el rítmico y suave chapoteo del escaso oleaje, un chillido infantil se abre paso:

—¡Papá, papá, mira eso! ¡Es un culo!

El que grita señala hacia el mar con su bracito bien protegido por un manguito naranja. El padre apenas logra levantar la esquina de una toalla que protege su cabeza del sol. Quizás, la palabra «culo» ha despertado en él un interés algo mayor que si hubiera dicho «medusa» o le hubiera contado alguna nimiedad sobre el castillo de arena que hicieron hace unas horas, manteniéndose aún, algo desfigurado, entre las escasas olas.

Segundos después, alarmado por lo que, en efecto, parece un culo femenino, él y otros como él se acercan en dirección al hallazgo. Uno de los atónitos videntes decide pasar a la acción mientras otro, móvil en mano, llama al puesto de Cruz Roja. No hay más personas que lleguen a darse cuenta de lo que pasa, cuando uno de los socorristas, que ha sido avisado del cuerpo flotante, incluso antes de que el niño lo viera, se acerca corriendo con un flotador de salvamento en la mano. Su llegada, aunque espectacular y llena de energía, resulta ser completamente inútil. No se trata de que haya llegado tarde, no. Se trata más bien de que, aquello que su compañero divisó con los prismáticos como un cuerpo flotante y el chiquillo de cinco añitos con el manguito naranja definió como «un culo», resulta ser un cuerpo, sí, pero de silicona.

—¡Joder! —No logra articular otra palabra el pobre socorrista que inmediatamente después de proferirla delante de la cada vez más numerosa concurrencia, se arrepiente de haberlo hecho.

—¡Niños! ¡Venga! ¡Quitaros de aquí e iros a jugar! —Dice una madre incómoda ante la talla F del busto y los geni-

tales bien definidos de la muñeca sexual. Y añade: —Alguien tendrá que tapar esto, ¿no?

La cabeza de la muñeca, con facciones orientales, se ha quedado congelada en un gesto amplio de decir: «¡Oh!». Un gesto completamente lleno de sorpresa cuya utilidad a ningún adulto le pasa desapercibida pero que la inocente mente infantil interpreta:

—Mira papá está como a punto de hablar, ¿respira?

El padre, incómodo, sin saber muy bien que hacer, dándose cuenta de que es inútil decirle que se vaya a la sombrilla pues realmente están casi debajo de la misma, coge la toalla que acaba de servirle para tapar su calva cabeza del sol y la echa por lo alto. Los voluminosos senos de la muñeca se averiguan bajo el dibujo de la toalla que, desgraciadamente, al extenderla llega justo al borde del pubis. Por un momento la Sirenita de Disney de la toalla adquiere un extraño sabor pornográfico que estropea aún más la situación. Una de las madres sugiere: —¡Dele la vuelta, al menos!

El pobre hombre no entiende bien lo que le ha propuesto y, equivocado, se dirige a darle la vuelta al cuerpo con tan mala fortuna que la cabeza de la muñeca se queda justo donde está mientras que el resto pasa a sustituir las copas F del generoso busto por dos grandes y hermosos glúteos, los que el chiquillo advirtió de lejos con un acierto total. El problema es que ahora la toalla de la Sirenita se ha visto envuelta, enrollada de una forma extraña, picassiana, alrededor de la muñeca y no solo ha dejado un extraño ser sobre la arena sino que otras partes de la anatomía se han hecho aún más visibles:

—¡Mira, mamá! —señala otro chiquillo recién llegado mientras se agacha mirando la muñeca desde los pies— Tiene un agujero rosa debajo del culo.

—¡Vamos, vamos!—grita la madre tirando de él.

Mientras estos extraños diálogos procaces ocurren al borde del mar, el socorrista ha sacado de su mochililla una sábana de rescate metálica de color dorado que ilumina los rostros de los presentes con el brillo del sol que está en su cenit. Con habilidad rescata a la Sirenita de entre las fauces abiertas de la muñeca y se la devuelve al padre que la recoge con cierta aprensión como si, los escasos segundos que ha estado en contacto con la piel de la naturalistic silicone skin la hubiera arruinado. Sintiendo que al menos hace algo profesional que justifique su asistencia urgente, pasa a tapar por completo a la muñeca convirtiéndola en un triste bulto dorado de cadáver de ahogada.

El alivio entre la concurrencia es evidente, especialmente entre las madres, aunque más de un chiquillo embozado por las circunstancias no opina lo mismo. Uno de ellos, después de soltar un bufido y decir un «nooooo» bien sonoro, recibe un pescozón casi inmediato e invisible de una mano adulta, de forma que el «nooooo» y el «ayyyy» casi se hace uno en un sonido extraño con forma de «nooayyy».

—Bueno,—dice el socorrista—, la policía local está avisada. Aquí no hay nada que hacer.

El caso que la concurrencia le hace es nulo y el barullo de gente empieza a ser incómodo para las familias que tienen sus sombrillas pegadas a la orilla.

Con los destellos de una sirena azul, y un sonido claramente excesivo para la situación, un imponente quad 4x4 de dos plazas con remolque se acerca paralelamente al mar. Muy despacio, debido al numeroso público que va retirándose a su paso, el vehículo se coloca junto al bulto. Los dos policías municipales que se bajan de él

son jóvenes, apenas llegan a los cincuenta años entre los dos. Uno, que enseguida pretende hacerse cargo de la situación pide a los asistentes que despejen el lugar mientras que el otro, algo más tímidamente se dirige al socorrista:

—Buenos días, ¿has sacado tú al bañista? —le pregunta.

—No es un bañista. Y ha venido sola. —Mientras dice esas palabras, se da cuenta él mismo de lo estúpidas y extrañas que resultan.

El niño que detectó el culo en primer lugar interviene cogido de la mano de su madre:

—¡No es un bañista es una muñeca de goma!

—¡Vamos a ver! ¡Retírense y déjenos trabajar!—, exclama el primero de los policías, con un gesto que apenas consigue que el cerco alrededor del bulto dorado y el quad se agrande unos centímetros.

—¿Qué está diciendo el niño?—Pregunta el otro municipal al socorrista mientras el walkie-talkie asoma a la escena con sus ruidos de estática y pitidos de aviso.

—Míralo tú mismo, —dice el socorrista señalando la mancha dorada del suelo.

De la estática del walkie-talkie destaca una voz masculina muy distorsionada:

—Oyyyyeee....vamosss a ver. Dossss Tressss Cuatro, Dossss Tressss Cuatro, ¿me recibesss? Cambio.

El policía que lleva el walkie-talkie en el cinturón lo coge y apretando el botón PTT responde:

—Sí, aquí Dos Tres Cuatro, Dos Tres Cuatro, le recibo. Cambio.

—Oyyyyeee....vamosss a ver. Dossss Tressss Cuatro, oyeee, miraaaa, hay queess perrarr al juez, ¿recibido? Espeee rrrrarr al juez. Mientraasss tanto zona despejada, repito; esperrarr al juez y zona despejada. Cambio.

Los dos policías se miran entre sí mientras el socorrista intenta sin éxito contener la risa. El corrillo de gente que lleva allí desde la aparición de la muñeca acompaña al socorrista en las risas de forma que, en una especie de comedia surrealista italiana, el bulto dorado del cadáver de una ahogada pasa a ser el motivo felliniano de una tarde de circo en la playa. El que no tiene el walkie-talkie ha levantado una esquina de la sábana metálica y se ha topado con el inmutable «oh» de la muñeca de ojos rasgados y cabello azul.

—Mire, central, aquí Dos Tres Cuatro, Dos Tres Cuatro, le recibo. No hay ahogado, repito, no hay ahogado. Falsa alarma. Cambio.

Los varios pitidos y ruidos de estática han cambiado el foco de atención de los reunidos alrededor. Los comentarios ya han dejado de versar sobre la muñeca y las prominentes características de su falsa anatomía femenina, aprovechando ahora la ocasión para burlarse de los jóvenes representantes de la autoridad local y su ruidoso enlace sonoro.

—Oyyyyeee...vamosss a ver. Dossss Tressss Cuatro, oyeee, miraaaa, no me toquessss..., —un oportuno chirrido de estática sustituye la segunda parte de la frase—...¿qué essss eso de que no haaayyy ahogadoschsch? Cambio.

—Aquí Dos Tres Cuatro, central, es un objeto abandonado, un objeto que ha llegado flotando, central. Solicito permiso para su retirada. Repito. Solicito permiso para retirar un objeto abandonado. Cambio.

Los minutos que pasan tras esa solicitud, correcta y bien ajustada al reglamento, logran entre el corro de asistentes mucho más que cualquiera de las advertencias de los policías. El socorrista les pide la sábana a los municipales.

El del walkie-talkie le dice:

—No te preocupes, compañero, que te la traemos de vuelta.

Sintiéndose halagado por el trato de compañero, se despide y vuelve a su puesto. Los niños comienzan a jugar en la arena como si tal cosa, aún sabiendo que tras esa sábana metálica se oculta un mundo que, por desconocido, despierta su interés. Las púdicas madres que ya reconocen el control de las miradas que proporciona la cubierta dorada y la presencia de la autoridad vestida de uniforme con sus camisas celestes, sus gorras de cuadritos y esos pantaloncitos cortos tan ajustados que a los dos jóvenes veinteañeros les sientan realmente bien, están encantadas con la escena y desde sus sillas de playa se recomponen del susto. Los padres vuelven a su amodorramiento de la siesta, los más, y los recién llegados se dejan seducir por las cervezas bien frías que sacan de sus neveras.

—Oyyyyeee....vamoss a ver. Dossss Tressss Cuatro, oyeeee, miraaaa, permiso concedido, repito, permiso concedido. Cambio. —Responden desde la central entre pitidos de entrada y salida, estúpidos e innecesarios.

Sin esperar más, ambos policías cogen el bulto como si de un cuerpo se tratara, por la cabeza y los pies. La brisa del mar, aunque muy escasa en ese momento es suficiente como para mover la ligera sábana metálica que, sin pretenderlo, se escapa de sus manos. Los pechos de la talla F de la muñeca cuelgan hacia abajo de forma prominente, mientras que la cabeza del revés exclama al cielo sin palabras. Los niños miran asombrados lo que ven, la sábana dorada que segundos antes tapaban los impúdicos atributos de la muñeca, viene a enredarse en el cuerpo, de nuevo ausente, del padre calvo de la toalla de la Sirenita.

—¿Pero qué...? ¡Vaya tardecita, coño! —Dice levantándose y devolviéndosela a los policías.

Desde el mirador de su casa, prismáticos en mano, Paco intenta averiguar lo que pasa. El móvil suena y le saca de la absurda tarea de imaginar qué es eso que ocurre en la orilla.

—¿Has visto, Paco? ¿Qué estás viendo desde ahí arriba?

—Le pregunta Jacinta, su mujer, que aunque ha escuchado la sirena y ha visto llegar el quad de la policía municipal, está lo suficientemente lejos de la escena como para poder hacerse una idea cabal.

—Pues eso mismo me preguntaba yo, que tengo los prismáticos en la mano pero con tanto gentío no logro ver nada o casi...—En ese momento interrumpe su parlamento porque ve cómo la pareja de municipales tiran de mala manera lo que parece ser un cuerpo femenino de proporciones abundantes sobre el remolque del quad— ¡Joder! ¿Qué manera de hacer las cosas!

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¡Paco, hijo, dime qué pasa que me tienes en ascuas!

—Espera, mujer, que con los prismáticos tampoco es que pueda estar seguro. —Paco Castaño, el policía jubilado, no da crédito a lo que está viendo y prefiere no adelantarle falsos acontecimientos a su mujer. Se oye cómo ella se dirige a alguien a su lado.

—¡Este hombre me va a matar! ¿Pues no que dice que no está seguro de lo que ve? ¡Paco, hijo! ¡Que no soy el Ministro del Interior! ¡Tú cuenta y ya veremos luego si es verdad! Es que no tengo ganas de acercarme, además, ¿sabes con quién estoy?

—No. ¿Con quién? —Dice sin mucho entusiasmo mientras ve cómo tapan el cuerpo con la sábana metálica y lo ajustan con pulpos terminados en ganchos. —«¿Serán brutos? ¡Tratar así un cadáver!»—Piensa. —«Hay algo extraño en todo esto.»— Despertándosele un gusanillo de curiosidad profesional.

—¿Sigues ahí?

—Sí, claro.

—Como no dices nada...

—¿Que quieres que diga?, Jacinta.

—Pues te acabo de decir que estoy con Mercedes, la amiga de Abel, la alcaldesa de Santa Úrsula.

—Discúlpame, no te he escuchado.

—Es que a mí no me escuchas, te metes en tus cosas y no me escuchas. Bueno, cuenta, ¿qué ves?

Paco observa cómo la policía, con la sirena que aún desde su lejana atalaya se escucha, sale en dirección al paseo marítimo.

—Parece que se van con lo que sea que llevan. —Le informa.

—Por aquí hay uno que dice que es una medusa gigante, ¿tú la has visto desde ahí, Paco?

—No muy bien. —Y le miente,— si es una medusa, desde luego que es gigante.

—¿Loves? —Se le escucha decir a Jacinta,— mi Paco dice que sí, que es una medusa gigante.

—Pero...—Paco se encamina a protestar por lo mal que ha interpretado sus dudas cuando oye un:

—Vale, cariño, luego nos vemos,— seguido que un corte seco de la comunicación.

Una manía reciente de Jacinta, quizás provocada por las series de televisión o por los canales sudamericanos que tanto le gusta ver, es soltar de vez en cuando «cariño» y

«amor» entre sus frases. Como si entre el tejido muscular de sus mensajes hubiera que entreverar algo de tejido adiposo que consiste fundamentalmente en epítetos propios de voces cubanas o venezolanas. A veces incluso se le ha llegado a escapar un «primor», nombre que se puede oír en boca de algunas mujeres de la isla pero que tienen un efecto letal en los oídos de Paco. La última vez que le dijo:

—Paco, primor, ¿por qué no subes el toldo?,— la miró de tal forma que se asustó—. ¿Qué te pasa? ¿Qué he dicho?

—Me has vuelto a llamar «primor». —Le señaló enfadado.

—Oye, que no es un insulto, ¿eh?

—Vamos a ver, mujer. Llevamos juntos más de cuarenta años de sana normalidad para que ahora me vengas con los primores. ¿Qué te pasa? ¿Tanto te impacta el profesor de zumba? ¡Yo pensaba que era maricón!

—Y lo es, Paco. Tiene más plumas que una fábrica de edredones, —ambos se ríen a carcajadas de la ocurrencia de Jacinta—, que te digo primor por hacerte la vida más bonita, hijo.

—Vale, no te alteres, pero no me hagas la vida tan bonita que parezca un merengue, coño, que yo soy de Madrid y tú...

—...no me lo refriegues, hombre, ... de Malcocinado, provincia de Badajoz.

Paco se trasladó de Madrid a la isla de San Gabriel después de su último caso, el que puso fin a su carrera profesional y le dio tanto quebraderos de cabeza como satisfacciones. Tras su jubilación y una larga estancia de veraneo en la casa de Abel, profesor de historia de la

Escuela de Arte de San Gabriel, decidieron irse a vivir a la isla. Abel, que tiene una casa excesivamente grande para él solo, les propuso dividir la parcela y hacer un anexo con entrada independiente usando parte del edificio construido. Unos cuantos meses de trabajo han hecho de la anterior construcción, extraña y compleja, dos casitas independientes comunicadas entre sí por un patio distribuidor. A Jacinta le gusta tratar a Abel como si fuera su hermano pequeño y Abel, que posee una casa en el pueblo de Santa Úrsula, en el centro de la isla, está encantado con su vecino el policía de la UDEV retirado con honores.

Jacinta y Paco disfrutan, cada uno a su manera, de su nueva posición. Ella, que siempre ha disfrutado de la independencia que proporciona no tener hijos, coge su ya viejo Twingo por las mañanas y se pierde entre clases de yoga y meditación los lunes, miércoles y viernes, zumba los martes y *romandalusí* de lunes a jueves. Sí, *romandalusí*, tal y como se escribe, pues San Gabriel es el único rincón de España donde aún se habla esa lengua antigua. Las gentes del lugar, especialmente las mujeres, le llaman *roman* o también la *lingua* por antonomasia. Cuando Paco le presentó a Jacinta a su buena amiga Gracia, les resultó algo tenso el encuentro pero siendo Jacinta como es de habladora y gustándole a Gracia tanto el carácter alegre de la extremeña/andaluza, hicieron buenas migas. Ella es sin duda la mejor profesora de *roman* de San Gabriel y ahora, después de unos meses, Paco no se extraña al oír a su mujer soltar algún ¡*ueme!* que otro, palabra, que para facilitar la comprensión diremos que significa ¡hombre! y es una interjección de la *lingua* muy sangabrieleña.

Tres días más tarde del extraño suceso de la playa, Paco está tomando café en la terraza mirador de su casa. Por acuerdo con su vecino Abel, decidieron que no iban a levantar ninguna división en la terraza, que si lo vieran necesario tiempo habría de hacerlo. En el año escaso que llevan juntos no solo no lo han hecho sino que una gran mesa corrida de comedor y dos rincones con sillones bajos amueblan sin solución de continuidad el espacio semicubierto con vistas al mediterráneo, orientado al norte. Jacinta está en la ciudad. Abel detesta el verano en la playa y pasa estos días con su amigo Pedro Antonio en Santa Úrsula. El sonido del móvil interrumpe la lectura del periódico digital en su tablet. Lee en la pantalla el nombre de Javier y una sonrisa aparece en su rostro.

—¡Hola, Javier! ¿Cómo estás? ¡Cuanto tiempo sin saber de ti!

—¿Qué hay, jefe? ¿Cómo va todo por allá arriba?

—Bueno, no es que estemos en los himalayas, ¿eh? Va bien, va bien. Dime, ¿qué te cuentas?

—¿Te hace un café en la plaza del castillo, como en los viejos tiempos?

—Lo siento, Javier. Jacinta se ha llevado el coche y no vuelve hasta la una más o menos. ¿te viene bien mañana? Bajo con ella y...

—¡No, *ueme*, que va! Alberto pasa a recogerte en media hora, ¿te parece?

—Pero, ¿qué pasa? ¿Hay algo urgente?

—No. Hay algo que te va a gustar, ya verás. —Le responde el policía joven.

—Me tienes intrigado. Vale. En media hora.

La cafetería del hotel junto al castillo de San Gabriel fue el centro de operaciones de Paco Castaño cuando, como inspector encargado de la UDEV, llegó a la isla por primera vez. Han pasado casi dieciocho meses de esos acontecimientos pero la intensidad de lo vivido y el brusco cambio de vida en el verano anterior les hace sentir a todos que fue hace un siglo. La cúpula política de la isla cayó después de la investigación llevada a cabo por Paco y Javier. Igualmente, la Escuela de Arte también quedó descabezada como en un triste paralelismo con las más altas esferas de poder de aquel seco y aislado rincón de España. Pero nada de eso les pasa por la cabeza. El ambiente en esa cafetería de lujo con la enorme cristalera que muestra la belleza de la bahía mediterránea del Purche, pues así es como le llaman los lugareños a la ciudad de San Gabriel del Purche, para distinguirla de la isla homónima, es jocoso, casi rayando en lo festivo. Alberto, un policía joven sevillano que participó con ellos en la investigación, Javier, el subinspector de policía judicial actual inspector jefe de la isla y Paco, ríen a carcajadas.

—¡No me digas! —Se ríe incrédulo—, así que el municipal que se encontró el pastel ha pedido unos días libres.

—Es que no sabes la coña que se les ha venido encima a los pobres cuando entraron con la muñeca en el almacén municipal. —Cuenta Alberto.— Uno de los dos no ha podido aguantar el tipo y se ha pedido unos días.

—Bueno, Javier, ¿y qué quieres que haga yo con esto? No hay víctima ni delito, aparte del abandono de un objeto en la vía pública, —dice Paco entre risas.

—Hay algo que me inquieta, Paco. Verás, el jefe de la municipal me llamó para que fuera a ver... «el cadáver», —dice Javier con una sonrisa en los labios—, le di lar-

gas pues sabía de qué se trataba porque en la web de La Opinión había salido la noticia, pero insistió con tanto convencimiento que me pasé por las dependencias de la municipal. Él me llevó al almacén en donde tenían guardada a la muñeca. La había puesto en una estantería metálica metida en una bolsa y cuando la abrió olía algo así como a pescado podrido.

—¡Madre mía! —Exclama Paco.— ¿Y qué viste para que te inquiete, como tú dices?

—Bueno, ya sabes de qué se trata. —Responde Javier.

—De una muñeca inflable, ¿no? Eso decía el periódico.

—Los periódicos se inventan lo que no saben. No. No es una muñeca inflable. Es una muñeca realista de silicona, de las caras. Y lleva escrito un número de teléfono en la cara interior del antebrazo. Mira, le hice fotos. Te las paso.

Paco coge su móvil y en cuanto ve las sórdidas fotos de la muñeca junto al jefe de la policía municipal y uno de los operarios del almacén no puede evitar una sonrisa en sus labios.

—Más de uno estaría encantado de tener estas fotos en su poder. —Comenta.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Javier, no seas ingenuo, hombre. Bueno, déjalo, —dice Paco quitándole importancia—, ¿qué más?

—¿Cómo que qué más?

—Vamos a ver, me dices que hay algo que me va a gustar, luego que hay algo que te inquieta. Habrá algo más, ¿no?

—Hemos identificado el número. Es un móvil que está aquí, en San Gabriel y pertenece a Salvador Tocina Polo, dermatólogo. Tiene una clínica de dermatología médico-quirúrgica en...

—La plaza del Carmen, —le interrumpe Paco.

—Sí, eso. ¿Lo conoces?

—Jacinta se ha quitado un par de verruguitas que tenía en la espalda y se le enganchaban con la ropa. Así que sí, que lo conozco.

—Pues de puta madre, Paco, mucho mejor.

—A ver, a ver, me estoy empezando a imaginar algo pero...

—¿Qué te imaginas? —Pregunta ansioso Javier con una sonrisa en los labios—, a ver si es lo mismo que yo pienso.

—Tiene toda la pinta de una extorsión, ¿no?

—Pues sí, blanco y en botella.

—¿Pero lo has comprobado?—Pregunta el policía jubilado.

—Pues ahí está la cosa. Mira, nosotros ni siquiera hemos hablado con él por dos motivos: en primer lugar estamos hasta arriba de trabajo y además, como bien has dicho, no hay delito, ni cuerpo del delito, ni denuncia, ni nada. Otra cosa: ¿conoces al nuevo juez?

—No. No he tenido el gusto.

—Se llama Carlos de la Rúa...—Javier hace un pequeño silencio de expectación—... Santos.

—¿Santos? ¿Santos, de los Santos de San Gabriel?

—Sí, Paco, sí, de los Santos de San Gabriel. Aunque por lo que él dice no había pisado la isla en su vida. Parece ser que al sacar el último puesto en las oposiciones y tener casa familiar aquí, el buen muchacho decidió volver a las tierras de sus antepasados por parte de madre.

—¡Eramos pocos y parió la abuela, joder! —Tras la exclamación vulgar de Paco, pregunta—: ¿y él sabe que vosotros y yo ayudamos a descabezar al anterior juez y a los Santos de la isla?

—El juez no es tonto. No es que sea extremadamente brillante pero de tonto no tiene un pelo. Imagino que sí, aunque no creo que sepa de tu residencia en El Abedul. Políticamente hablando sigue la línea negacionista de otros muchos políticos de nuevo cuño, ya sabes; «esas son cosas del pasado», «yo no tengo nada que ver con eso», cosas así. En su caso ni siquiera se ha visto en la necesidad de expresarlo en voz alta, claro, pero en el juzgado es lo que se dice, tú me entiendes.

—Perfectamente. Total, que no le vas a ir al juez con estas milongas.

—Más o menos. —Responde Javier asintiendo.

—Pero tampoco quieres quedarte cruzado de brazos con el tema de la muñequita, ¿no?

—Eso es. —Vuelve a asentir.

—Y además pretendes, cabrón, que lo diga yo todo, ¿no? Javier no puede evitar la carcajada:

—¡Coño, Paco, qué bien me conoces!

—Es que eres más largo que ancho. Cuando conseguiste sacarle al sinvergüenza del juez anterior, D. Patricio, la entrevista que ni siquiera el capullo del Juan Carlos había conseguido, me dije: ¡uf, pues no es largo este!

Alberto y Javier se ríen. Los tres han vivido momentos tensos, angustiosos casi, en el caso que los reunió hace más de un año. Pero la memoria humana es generosa y en ocasiones convierte esos recuerdos de momentos desagradables en chascarrillos que se comparten con alegría. Especialmente cuando las cosas terminan yendo bien o, al menos, no demasiado trágicamente.

—Entonces, ¿qué? —Pregunta Javier.

—¡Ah, no! Ahí te equivocas. Eres tú el que me tienes que decir a mí qué quieres que pinte yo en todo esto, que no

es que no sepa por dónde vas, ladrón, pero al menos te tienes que retratar, ¿no te parece? —Reclama Paco.

—Vale, tú ganas. Digo yo que si..., mucho más ahora que sé que lo conoces, con cualquier excusa te ves con él, le puedes dejar caer lo de la muñeca, como una noticia local, como un chascarrillo. De ahí, ya tú tiras. Quiero decir si lo ves ponerse nervioso o se altera, pues le puedes sugerir que como policía jubilado estás para lo que haga falta, no sé si me explico. —Javier mira a los ojos de su mentor.

—Como un libro abierto. —Le responde—. Pero sabes bien que esto es completamente irregular, vamos, que tanto tú como yo nos estamos pasando un pelín.

—Un pelín nada más, Paco. Yo he hecho cosas peores. Esto no es nada. Lo mismo el pobre hombre lo está pasando mal, —dice sin mucho convencimiento—, solo le estamos echando una mano a un ciudadano.

—Tú le vendes hielo a un esquimal y te quedas tan a gusto, ¿eh? ¿No será que te ha picado el gusanillo de la muñequita linda?

Alberto, que asiste sin abrir la boca a la conversación, se ríe a carcajadas y dice:—¡ahí le has dao en tó el morro!— con su acento andaluz.

Javier, sin llegar a estar molesto, intenta reconducir el tono de la conversación.

—Entonces, ¿qué? ¿Qué dices?

—Vale, pero quiero atar algunos detalles. Ya conoces mi forma de trabajar. Ya sé que no estoy en activo y que hay cosas que no puedo ni hacer ni pedir, pero tengo que asegurarme por el bien de todos, incluso del médico, que hacemos las cosas bien.

—Sí, cuenta, ¿qué quieres?

—Lo primero es ir con la verdad por delante. Si queremos ayudar al tipo y, lo que tú estás pensando en realidad, desentrañar el misterio de la aparición de la muñeca, no nos podemos permitir el lujo de tener más complicaciones. Yo le voy a decir al médico que me he enterado del tema, que estoy a su disposición y que tú estás al tanto aunque no puedes actuar de oficio. ¿Te parece?

—Claro, claro, me parece.

—Dame el número y lo llamo aquí mismo.

Paco marca el número en su móvil. La cafetería es muy solitaria. Paco, que se asegura de que no hay ningún cliente alrededor, pone el manos libres. La respuesta a la llamada no se hace esperar. Tras una breve conversación con una voz femenina aparentemente joven consiguen una cita con el doctor para el día siguiente.

Paco conoce la clínica del doctor Salvador Tocina. La primera vez que acompañó a Jacinta se extrañó de las instalaciones y le comentó a su mujer que parecía como si en mitad de una obra de remodelación se hubiera quedado sin dinero.

—Es extraño, —le dijo—, ¿te has dado cuenta de que sólo la parte de la derecha está modernizada?

Jacinta, que tiene sus propias lógicas más alejadas de las comunes y corrientes le respondió:

—Le gustará así, media consulta vintage y media supermoderna.

Paco no insistió en el tema pero ahora que ha surgido esta novedad y que vuelve al edificio antiguo de la plaza del Carmen no puede evitar recordar la conversación.

La Plaza del Carmen, centro señero de la ciudad de San Gabriel, tiene, como tantas otras plazas basadas en el esquema castellano, una planta rectangular con soportales

que la convierten en el lugar ideal para la vida social de la ciudad. Durante muchos años, el tráfico rodado impidió su habitabilidad como espacio público y la convirtió, de hecho, en un estúpido parking. La nueva y más respetuosa gestión del tráfico urbano la ha devuelto a lo que antes fue y se parece, en pequeño, pero sin desmerecer en belleza y uso, a la Plaza Mayor de Madrid. Paco conoce bien el entorno pues, durante los escasos meses que trabajó codo con codo con la policía judicial de la isla, tenía despacho en las oficinas sitas en dicha plaza.

El edificio, en su construcción original es bien antiguo, del siglo XVIII, pero la remodelación que se llevó a cabo en su interior y que conforma la distribución actual de los espacios, es de bien entrados los sesenta del siglo XX. Los techos muy altos, la puertas estrechas con la parte superior fija acristalada que permite la entrada de luz en algunas habitaciones interiores y un esquema de conexiones basado en pasillos y distribuidores, caracterizan los elementos constructivos de esta época. Paco, nota enseguida que la entrada de la clínica, un primer piso sin ascensor, pertenece al remozado de los años sesenta, aunque ha sido recientemente adaptado con una silla elevadora para personas con problemas de movilidad. Observa que el ala derecha a la que se entra a través de una puerta actual rotulada como Zona Quirófano estaba renovada en profundidad mientras que el recibidor y el ala izquierda seguía recordando al mobiliario un tanto rancio y desgastado de varias décadas atrás.

El doctor lo recibe en su despacho después de esperar unos veinte minutos en una sala de espera con tristes revistas pasadas de moda. No solo los «Hola!» y los «Motor16» sino también algunas de las ya desapareci-

das revistas editadas por los laboratorios clínicos que no se han planteado retirar y que tienen ya casi diez años.

—Me alegro de verlo, —saluda el médico cortésmente—, ¿cómo está su esposa? —pregunta mientras le señala la silla ante su mesa de despacho.

—Bien, muy bien.

—Bueno, dígame, ¿me da sus datos mientras me cuenta? ¿Nombre? —Dice mirando la pantalla del ordenador.

—No, no, disculpe. No he venido por mi salud.

El médico, un hombre que ha pasado hace bastante tiempo los cincuenta y que, según cálculos de Paco, está a punto de llegar a los sesenta, lo mira extrañado:

—Pues usted me contará, entonces. ¿No me ha dicho que su esposa está bien?

—Es algo poco común, Déjeme explicarle.

El médico se vuelve hacia Paco y cruza las manos casi en el borde de la mesa. Paco añade:

—No sé si está usted al tanto de las noticias locales, de lo que ocurrió el domingo pasado en la playa del Abedul.

—¿Se refiere a la publicidad engañosa de la crema solar de la que hablan tanto?

—No. Me refiero a la aparición de una muñeca sexual de silicona flotando en el mar. —Paco mira atentamente las facciones del rostro del médico. —«O es un profesional del engaño o no sabe nada»—. Piensa.

—No sé de qué me habla, disculpe, pero no puedo perder el tiempo, tengo pacientes que atender. Esto no es una consulta de psiquiatría. —Responde serio.

—No se enfade, por favor. No vengo a hacerle perder el tiempo. Es importante que me escuche.

Un ligerísimo temblor en las manos le hace ver a Paco que va por buen camino.

—Dígame lo que me tenga que decir rápido y márchese, por favor. —Le urge.

—La muñeca, que fue retirada por la policía y aún está en los almacenes municipales, tiene un número de teléfono móvil escrito en el antebrazo. Ayer, ante los compañeros de la judicial y con carácter probatorio, llamamos al teléfono y lo cogió su secretaria. En esa llamada concerté esta cita. Más tarde, al comprobar que se trataba de esta clínica, llamé al fijo que aparece en la publicidad de la web y su propia secretaria me confirmó que el móvil lo tienen derivado al fijo en horas de oficina.

—¿Y qué quiere que yo haga? Debe haber un imbécil que ha escrito el número de teléfono de la clínica en una muñeca inflable y la ha dejado en la playa. ¿Y? —Señala algo nervioso y enfadado.

—El caso es que no es una muñeca inflable. —Responde Paco.

—¡Qué más da!

—No, doctor, no da igual. Usted entiende de piel y yo de delitos. Si una persona se gasta, digamos dos mil euros, en mandar el mensaje de «conocemos tu teléfono» es que pretende conseguir mucho más, ¿no le parece? Es más, ¿por qué cree que se ha gastado ese dinero pudiendo haberlo llamado por teléfono él mismo? —El médico le mira atónito y no logra formular palabra alguna—. Mire, no le voy a molestar mucho más. Esto parece un caso de extorsión en toda regla. La policía no tiene más interés que protegerlo porque protegerlo a usted es proteger a la ciudadanía. Lo que a usted le hayan grabado a nosotros no nos interesa, ¿me entiende?

—Hay algo que me gustaría contarle pero me esperan muchos pacientes. ¿Podríamos vernos esta tarde?

—Claro, claro. Eso está hecho. Una cosa: no cometa la tontería de quitarse de en medio ni de poner en aviso a nadie. Mire, va a hacer una cosa, coja su móvil personal y llame a la policía. Pídale que le pongan con el inspector jefe Javier Peña de la policía judicial de la isla de San Gabriel, por favor. Salvador coge su teléfono y marca el 091:

—Policía, dígame.

—Buenos días, le llamo desde San Gabriel, ¿podría hablar con el inspector jefe de la policía judicial Javier Peña?

—Esta llamada va a ser grabada por motivos de seguridad. Registramos su número de teléfono para darle la información que nos solicita, ¿está de acuerdo?

—Sí, claro.

—Bien. Para eso debe llamar usted a las oficinas de la policía judicial de San Gabriel, tome nota.

Una voz metálica, automatizada va desgranando número a número el teléfono. El médico lo apunta y realiza una nueva llamada:

—¿Sí? Dígame.

—¿Javier Peña?

—Ahora mismo le paso.

Tras unos segundo de unos pitidos infernales que destrozan a Beethoven, le pasan con el inspector.

—Diga.

—¿Javier Peña?

—Sí, el mismo, dígame. —En ese momento Salvador se da cuenta de que no conoce el nombre de su extraño interlocutor.

—¿Puede poner el manos libres? —Le pide Paco.

Salvador baja el teléfono de la oreja y aprieta el botón de manos libres.

—Hola Javier, aquí Paco Castaño, estoy como me pediste en el despacho del doctor Tocina.

—Hoooola Paco. Vale, ¿ya se ha quedado tranquilo, doctor? Estamos intentando ayudarle. Haga lo que él le diga y las cosas saldrán bien, ¿me entiende?

El médico, aliviado y sorprendido, responde:

—Claro, claro. Eso haré.

Que quedaran a media tarde en la cafetería de la plaza del Castillo no es de extrañar. Paco sabe que a pesar de ser temporada alta a esas horas tempranas, o tardías según se mire, demasiado alejadas de la sobremesa pero aún pronto para la cena, la cafetería es un lugar fresco y excelente. La vista en ese momento está algo deslucida por el abundante viento del Sáhara que entra desde el sur y proporciona un aspecto fantasmal al cielo, como de película de ciencia-ficción, poniéndolo de color amarillo pajizo. La visibilidad es tan mala, que ni siquiera se logra averiguar el mar. Salvador, visiblemente tenso por la situación, llega sudoroso cuando Paco ya ha pedido su whisky con hielo.

—Discúlpeme, una urgencia de última hora me ha retrasado.

—Nada, nada, no hay de qué disculparse.

Segundos después el camarero, que conoce a Paco y ya está avisado, se acerca:

—¿Qué va a tomar?

—Una horchata, por favor.

Intercambian las frases propias del momento; el calor, la calima, la temporada de verano, haciendo algo de tiempo para que le sirvan la bebida, momento en el que el camarero deja un pequeño emisor con un botón de llamada con al advertencia de siempre:

—Si quieren algo los señores no tienen más que pulsar el botón. —Marchándose.

—Tiene usted bien controlado el lugar, —afirma Salvador.

—Este ha sido mi cuartel general meses atrás. Ya me conocen y saben cómo tratarme.

—Bueno, creo que le debo explicaciones...—Salvador baja la mirada como buscando inspiración.

—¿Nos tuteamos? ¿Te parece? ¿Me llamas Paco y yo a ti Salvador? ¿Te resulta demasiado informal?

—No, no, ¡qué duda cabe! ¡En absoluto!

—Perfecto, —Paco deja caer una sonrisa técnica y añade—, te escucho.

—Hace cinco años mi hijo Salva estaba en el último año de la carrera de veterinaria en Córdoba. Imagino que sabrás que esa es una facultad muy prestigiosa.

Paco le deja hablar afirmando con la mirada o con un sutil «¡ajá!» casi imperceptible, como un suspiro.

—El muchacho tenía ganas de ampliar un poco su mundo y encontró la posibilidad de hacer un Erasmus en una ciudad que yo, por entonces, desconocía, Lypovboda, la pequeña capital de Transylvania. ¿La conoces?

—Es la primera vez que oigo hablar de ella. Me suena a cómic de Tintín, la verdad.

—Pues bueno, el chaval con veintidós años recién cumplidos se largó a Lypov, como él le llama. A mí al principio me pareció una locura. Transylvania para mí era desconocida, una antigua república soviética que me parecía muy lejos y muy pobre como para que me hiciera gracia. Pero él me aseguró que es una zona rica en caballería, en bosques y naturaleza y que de verdad le interesaba ir. Su pasión son los caballos y la universidad de Lypovboda, donde él consiguió la

plaza de Erasmo también está especializada en esos animales.

—Y piensas que este tema de la muñeca está relacionado con tu hijo.—Señala Paco.

—Estoy seguro. No puede ser otra cosa,—responde.

—Pero eso pasó hace cinco años, ¿tu hijo no ha vuelto desde entonces?

—Déjame que te cuente. —Paco le mira atento—. Quise ir a verlo en los dieciocho meses que pasó allí pero siempre me ponía excusas y cuando volvió de Lypov no vino solo.

—Perdona que te interrumpa: ¿y su madre? Vamos, me refiero a la madre de su hijo.

—Su madre vive en Londres y no le hemos visto el pelo desde que se marchó cuando él tenía siete años. Está fuera y ausente de todo esto. —Afirma Salvador con cierto tono de amargura.

—Bien, bien, sigue.

—Como te decía, no fui nunca a Lypov. Él me escribía correos, me mandaba fotos y todo lo que se podía esperar de su situación. Hasta ahí todo normal, pero cuando en ese año y medio que pasó allí le proponía pagarle los vuelos para que pasara unos días aquí o ir yo a verlo, siempre ponía excusas. Pasó el primer año y ahí se produjo casi una ruptura, una discusión fuerte. Claro, por teléfono. El ancho de banda allá no daba en esos momentos para videollamadas ni nada parecido. Él insistió en que no necesitaba dinero de mi parte, que quería vivir de su trabajo allá. Finalmente, decidí que era su vida y acepté la situación. Seis meses después llegó con Svitlana.

—¿Su mujer? —Pregunta Paco.

—Que yo sepa, no. Vamos, quiero decir, pareja sí eran, eso por descontado. Pero nunca me dijeron que se hubieran casado.

Paco, algo incómodo con la lentitud del relato, saborea un buche de whisky, como buscándole algo de paciencia al sabor a frutos secos y miel del Jameson.

—Svitlana, la chica, en contra de los estereotipos que los españolitos tenemos de las mujeres del este, no era guapa. Vamos, que sin equivocarme lo más mínimo, puedo decir que era fea con ganas; delgaducha a más no poder, con una fila de dientes desorganizados y, sin caer en el espanto, algo bizca. —Cuando Salvador hace esta descripción mantiene una sonrisa que Paco considera inapropiada para el contenido del relato. Extrañado, queriendo dar pie a alguna confidencia, apunta:

—Pero, ¿algo tendría, no?...

—Pues sí, Lana, así la terminé llamando por comodidad, habla un castellano como si fuera Cervantes, es inteligente y alegre, siempre dispuesta a lo que hiciera falta, vamos que era un primor.

La palabra «primor» despierta cierta incomodidad en Paco, aunque comprende que en esa frase viene al pelo. Mira atentamente a su interlocutor con una sutil inclinación de cabeza.

—Los meses que pasaron los dos aquí creo que puedo considerarlos los más felices de mi vida. Lana tenía algunos problemas de salud, sin duda debido a haber nacido solo poco después del terrible suceso de Chernóbil, por lo que en esos meses les facilité contactos entre mis colegas y los acompañé a muchos especialistas distintos.

—Disculpa, Salvador, no quiero interrumpirte pero creo que es conveniente que vayamos al meollo del asunto, ¿no te parece? Cuando hace un momento me dijiste que el tema está relacionado con tu hijo, con absoluta seguridad, ¿a qué te referías?

—Al entorno de Lana. —Responde el médico.

—¿Cree que su hijo está secuestrado? Porque aquí en San Gabriel no está, ¿no?

—No, no. No sé dónde está, pero no en la isla.

—¿Pero está desaparecido? ¿Lo has denunciado?

—El me llamaba una vez al mes, a veces dos. Pero... —en este momento la emoción desborda la garganta de Salvador que con un extraño sonido gutural acompañado por algo así como una tos, llega a decir—, su última llamada fue el 30 de enero.

—A ver, Salvador, tengo que aclararme. Sé que te va a sonar a interrogatorio, pero hay detalles que tengo que conocer. Me dices que estuvo aquí unos meses después de su Erasmus.

—Sí, sí. —Dice algo más recompuesto.

—Él vino aquí después del año y medio en Lypov, en 2014, ¿no?

—En diciembre del 14, sí.

—Y estuvo hasta...—Paco tiene una pequeña libretilla en la que toma notas que sólo él es capaz de recomponer y a veces ni eso.

—Se marchó con Lana de vuelta en octubre del año siguiente, creo.

—¿Tenía trabajo allí?

—Todo el del mundo. Vamos, que el padre de Lana tiene un negocio relacionado con los caballos, una cuadra enorme con terrenos y demás en una zona muy alejada e inhóspita del país. Él se volvió con Lana a trabajar en el negocio de su padre. —Salvador tiene un cierto brillo de orgullo en sus ojos cuando habla del trabajo de su hijo.

—¿Y no has ido a visitarlo desde octubre de 2015? —Pregunta Paco incrédulo.

—Han sido varias las razones. A principios del año siguiente pedí un crédito para renovar la clínica. Venía

necesitando la renovación porque el municipio cambió las condiciones de este tipo de establecimientos y cada vez tenía más dificultades con el ayuntamiento. Pusimos la silla elevadora en la escalera y todo eso y durante unos meses estuvimos atendiendo con dificultad a la clientela, hasta el punto de que a mediados de año tuve que alquilar a un compañero algunas semanas la sala de curas y el quirófono por horas.

—Pero han sido casi tres años sin ver a tu hijo. —Afirma Paco, y añade—, además la obra se quedó a medias, ¿no?

—¿Se nota mucho? —Pregunta Salvador algo apurado.

—Si no te pones a pensar, parece como si al médico le gustara el estilo vintage para la parte de la consulta.

—Eso. —Responde con algo de satisfacción.

—Pero es que yo pienso, y mucho, y lo que veo es una obra a medio terminar por falta de fondos.

—Salvador me pidió prestado un dinero para hacer reformas en la finca y, torpemente, accedí contando con el crédito para la de la consulta. Me equivoqué. —Asiente apesadumbrado.

—¿Pero no estabas en contacto con tu hijo todo este tiempo? ¿No te daba noticias?

—Sí, sí, y se le oía contento pero no quería que fuera por allí. Me daba largas y me decía que estaban montando un negocio de turismo rural con caballos, que todo iba bien. Incluso a veces se ponía Lana al teléfono y todo.

—¿Notaste algo en la última conversación con él, en enero?

—Venía dando ciertas muestras de nerviosismo desde hacía tiempo. Lana a veces me dejaba caer que un amigo de la familia, una especie de pope de la iglesia local, pasaba con frecuencia por la casa. También que Salva iba a verlo a la iglesia.

—¡Ah! ¿Pero vosotros sois religiosos? —Paco se da cuenta de lo inoportuna de la pregunta, está a punto de rectificar cuando el médico ya ha empezado a responderle.

—No, ¡qué va! No sé muy bien que le ha pasado a mi hijo, la verdad. Se ha ido poniendo cada vez más raro...

—Bueno, Salvador, —Paco acaba de un trago su whisky, se incorpora ligeramente y, dejando el vaso en la mesa, mira directamente a los ojos del médico—, creo que ya le hemos dado suficientes rodeos al asunto, ¿no? ¿Cuál es tu sospecha? ¿Por qué piensas que el entorno de Lana está involucrado y qué piensas que puede ayudarte?

—¡Uf! Son muchas preguntas esas. Lana me dejó caer, como te he dicho, en un par de ocasiones que Salva estaba algo estresado. Lo cierto es que no lograba encontrarlo en casa y era ella siempre, con su buen castellano y su alegría, rayana en lo dicharachero, la que me cogía el teléfono y me contestaba. Quise ir en Navidad pero Salva me pidió que esperara a que terminaran las obras en la casa rural que estaban construyendo y aprovechó para dejarme caer que algo más de dinero les vendría bien. Yo ya me había gastado todo el crédito y les hice una transferencia pequeña, unos 2000 euros. La última vez que hablé con él me dijo que iba a hacer un trabajo en una zona muy montañosa y que estaría unos meses fuera de cobertura, que no me preocupara. Insistí en que el mero hecho de que ocurriera eso, ya era preocupante para mí, pero me insistió en que todo iba bien y que podría hablar con Lana cada vez que quisiera.

—¿Y has vuelto a hablar con ella?

—No me coge el teléfono. Nada. Nunca, y... —las manos temblorosas de Salvador delatan su lucha interior—, no sé si debo contarte esto.

—Si quieres que te ayudemos debes contarlo todo, Salvador. —Paco alcanza a colocar una mano sobre el hombro del médico.

—Recibí esto. —Saca un sobre de color sepia, sin dirección ni matasellos y lo coloca sobre la mesa. Paco coge unos guantes blancos de un bolsillo del pantalón y se los coloca. Abre el sobre y lee la nota en voz baja—: «¿Te acuerdas de Branka? No fuiste tú el único que sacó fotos.» — Y añade—: ¿Esto es todo?

—No. A los dos días pidió cita un hombre joven, de unos treinta y tantos, alto y fuerte, tipo portero de discoteca. Tenía una mancha de nacimiento sin importancia médica en la cara que quería tratarse por razones de estética. No quiso darme nombre ni señal ninguna y al negarme a tratarlo en esas circunstancias me dijo que Lana te lo pagará. Me puse muy nervioso, no era capaz de hablar siquiera, él me dijo que no me preocupara, que no me iba a pedir dinero, simplemente quería que lo tratase.

—¿Y lo trató?

—Sí, le quité la mancha tal y como me pidió a pesar de que le advertí que no era necesario y que había formas alternativas de ocultarla.

—¿Y ya está?

—Eso es todo. No sé nada del tipo, ni de Lana, ni de mi hijo.

—¡Joder! ¿Y quién es Branka? Porque con lo que me estás contando, ¡es que no hay delito!

—¿Cómo? —Pregunta el médico sorprendido.

—Que no hay delito, Salvador, que tenemos las manos atadas.

—No entiendo.

—Pues es bien fácil. Tu hijo es mayor de edad, ¿no? —Salvador afirma con la cabeza—. Tú le hiciste el tratamien-

to a un desconocido aceptando que no te iba a pagar, ¿no? —Vuelve a afirmar—. Pues eso no está perseguido por la ley, ni la desaparición de tu hijo ni el impago de un tratamiento legalmente inexistente. Y no digamos la aparición de una muñeca con tu número...

—¿Y entonces?

—Aclárame quién es Branka, por favor.

—Branka es una amiga de Lana que vino por aquí por la clínica unos días antes de que ellos se marcharan. No hablaba una palabra de castellano y Lana le tradujo para mí. Quería un tratamiento más estético que terapéutico y le dije que yo no atendía ese tipo de cosas. Cuando Salva y Lana se fueron, volvió y se ofreció sexualmente...— Paco le interrumpe.

—¿Y tuvisteis relaciones? —Salvador se mantiene en silencio—. Cuéntame de qué va la cosa, venga.

—No. No tuvimos relaciones, pero cometí el error de hacer una sesión fotográfica aquí en la consulta. Ella me dijo que andaba escasa de dinero y que si quería...

—Vale, porno, ¿no?

—Algo subidas de tono, nada más.

—¿Puedo verlas? —Pregunta Paco.

—¿Es necesario? Son tipo playboy, nada del otro mundo, ella sola en el sofá de la consulta con la bata blanca y las gafas, ya sabes.

—Ok. ¿Le pagaste?

—200 euros.

—Da la impresión de te has topado con aficionados, Salvador. Gente poco peligrosa, pero nunca se sabe. Mira, aquí caben dos opciones: una, esperar a que se decidan a pedirte dinero y se descubran, o dos, ir a Transylvania a ver qué coño pasa, dónde está tu hijo y quiénes son los que pretenden amedrentarte.

—¿La policía no puede hacer nada? —Pregunta el médico.

—Mira, hasta ahora no te he contado la realidad de mi posición. Creo que es el momento de aclararlo, —Salvador cambia la cara y se pone lívido—. No te asustes, ¿eh? Que soy policía, tú mismo llamaste a Javier Peña, ¿no?

—Sí, sí.

—Pues eso, lo que pasa es que estoy recién jubilado. Estoy colaborando con mi antiguo colega. Yo fui jefe suyo y le debo alguna cosa y él me ha pedido que me haga cargo de enterarme de qué va este caso. Así que estás en buenas manos, ¿vale?

—¡Menudo susto me he llevado! —Responde el médico.

—Cálmate, hombre. —Dice apretando el timbre del camarero—. Mientras nos ponen otro cacharro te voy contando. Pero no te pidas otra horchata, que me das pena, *ueme*. —Paco ya se va acostumbrando a introducir la interjección sangabrieleña en sus conversaciones—. Como te decía, están esas dos posibilidades. Ni se te ocurra llamar tú a la policía de Transyldevia, eso sería un reclamo para gente aún más chungu y podría subir el precio, hipotético, de un rescate. Nada de eso. —Paco hace un silencio retórico y aprovecha para pedirle lo mismo al camarero con una seña, mientras añade—: Ponle a él también uno de estos, —señalando el vaso y sigue preguntándole al médico—, ¿tú te fías de mí y de la judicial de la isla?

—Sí, claro.

—Pues vamos a hacer una cosa. Yo me entrevisto con Javier mañana y, al final de la mañana, a partir de las doce, deshazte de todas las consultas. ¿Tú tienes aparcamiento en el edificio o entras andando por la puerta?

—El edificio no tiene garaje.

—Vale. Le dices a la chica de la recepción que se vaya a casa. Va a llegar un joven de poco más de veinte años que se llama Alberto y te va a enseñar su identificación. Él lleva lo suficiente para que si alguien te ve salir no te reconozca, ¿vale? Cruzas la plaza con él y te vas a los juzgados que están casi enfrente.

—¿Por qué a los juzgados?

—Porque quiero que estés convencido de que somos la policía y no te quepa la duda de que lo que vamos a hacer es ayudarte. ¿Entiendes?

II

En la T4 esperan algo frustrados Paco, Abel y Pedro Antonio. Su vuelo dirección Bucarest lleva un retraso de tres horas que no esperaban, la idea que llevaban de comer a la llegada en Rumanía se va haciendo cada vez más difícil. Finalmente, en las oficinas de las líneas aéreas les confirman que la salida está prevista para las 16:30. «Problemas logísticos» es toda la explicación que reciben. La petición de un vale de comida la recibe la encargada de la oficina, una rumana de mediana edad con un castellano un tanto pedestre, con una sonrisa gélida y la respuesta de: «esa eventualidad no está prevista en el contrato». Han decidido almorzar en uno de los establecimientos franquiciados, sin personalidad, del aeropuerto. Los tres a la mesa, con más plástico, latas y papeles brillantes que comida, repasan su, todavía inquietante, futuro viaje.

—Entonces, Paco, hoy hacemos noche en Bucarest, ¿no?

—Pregunta Abel un tanto ansioso.

Paco, que en ese momento tiene medio sándwich de atún en la boca, tiene dificultades en responder, por lo que se le adelanta Pedro.

—Mira que te lo ha dicho veces, hoy dormimos en Bucarest. Mañana cogemos un tren nocturno a Satu Mare que llega pasado mañana. De allí vamos en coche de alquiler a Lypov. Mira: aquí tienes lo que nos dio la de la agencia. ¿Ves? ¿Es que no te has traído tu copia? —Pregunta Pedro.

—Está en la maleta, —y añade con algo de sorna—, y tengo a pedrito grillo a mi lado, ¿qué más necesito?

Paco, que ya ha logrado hacer pasar el bocado de atún con la ayuda de un trago de cerveza, interviene:

—El hotel de esta noche está pegado al aeropuerto. Desde allí cogemos el bus a la estación que está incluido en el billete del coche-cama.

—No pretenderás que nos peguemos todo el día en el aeropuerto. —Afirma Abel.

—Por mí podéis hacer lo que queráis. Ya os dije que estoy encantado de tener compañía pero que yo vengo a lo mío.

—Que es top secret. —Se ríe Abel.

—Ya estás diciendo más de lo que debes. —Se pone serio Paco—. Aquí en la T4 te lo permito pero, por favor, nada de bromitas sobre el terreno, ¿vale? Ni en el avión.

—No te preocupes, hombre. Estamos contentos de que hayas aceptado nuestra incorporación a esta aventura, seremos prudentes, ¿verdad Pedro?

—Intentad, al menos, no pareceros a Hernández y Fernández, ¿vale?

Abel y Pedro se ríen y se miran entre sí.

—¿Tanto nos parecemos? —Abel, que es prácticamente calvo, con la piel muy clara, gafas bastante gruesas y

cuerpo atlético, sin ser llamativo, deja caer esa pregunta retórica por lo obvia de la respuesta, pues su amigo Pedro tiene una larga melena negra que en ocasiones se recoge en una coleta y es de piel morena, aceitunada, con un aspecto agitanado que lleva a gala pues suele contrastarlo con trajes impecablemente blancos y sombrero de paja.

—Sois unos jodidos payasos. —Le responde Paco entre risas.

—Mientras no seamos unos payasos jodidos, vamos bien.

— Se ríe Pedro.

Aún no han terminado de abrir los últimos sobrecitos de papel en los que viene envuelta la exigua comida cuando un altavoz, que lleva diciendo desde hace horas que no se dan avisos de embarque por megafonía, señala:

—Señores Castaño, Burgos y Rus, embarquen urgentemente por la puerta 69. Señores Castaño, Burgos y Rus, embarquen urgentemente por la puerta 69.

Los tres dejan la comida sin terminar y en dos minutos están en la puerta de embarque.

—Señores, —dice la azafata de embarque con el rostro algo molesto—, les estamos esperando.

Abel mira su reloj que marca las cuatro de la tarde, y cuando va a quejarse, Paco le coge del codo y le dice en voz baja:

—No merece la pena, ya hemos dado bastante el cante.

Diez días antes, después de la conversación entre Salvador, Javier y el propio Paco, acordaron que una toma de contacto sobre el terreno con Lana y Salva se hacía necesaria antes de proceder a cualquier tipo de investi-

gación oficial. El médico quería acudir a buscar a su hijo en solitario a Transylavia pero tanto Javier como Paco se lo desaconsejaron.

—Esto hay que dejarlo en manos de profesionales, doctor, —le dijo Javier respetuoso por la diferencia de edad—, usted puede provocar más problemas de los que resuelva. La cuestión está en que no nos fiamos de un detective local. Yo, —dice mirando a los ojos a Paco— personalmente lo desaconsejo. Pero, claro, mi actuación en este tema es necesariamente informal, usted me entiende.

—Salvador, yo le sugiero que deje esto en nuestras manos. Si usted quiere, enseguida me pongo a organizar un viaje a Lypov. Lo único que tiene que tener en cuenta es que nosotros no nos podemos hacer cargo de los gastos. —Añade Paco.

—Aunque, por supuesto, es mi deber indicarle que usted tiene pleno derecho a presentar una denuncia por la extorsión y la desaparición de su hijo. Pero entonces eso tendrá que llevarse por los cauces oficiales. Usted decide. —Javier guarda silencio unos segundos—, ¡ah! Una cosa. Tanto si decide en un sentido como en el otro, esta conversación con nosotros dos nunca tuvo lugar. Vamos, que a partir de ahora, de una forma u otra, empezamos de cero.

—¿Y cómo pago los gastos? —Pregunta decidido el médico.

—Es fácil. —Responde Paco—, usted se hace cargo de la factura que le pasará la agencia de viajes a su nombre. Yo no cobro honorarios, actúo, como dicen los abogados, pro bono. Si usted quiere salimos de aquí y vamos a la agencia de viajes que usted prefiera.

Cuando ya todo está previsto y acordado entre el médico y el inspector jubilado, Abel, Pedro Antonio, Jacinta y el propio Paco disfrutan de un espléndido atardecer en el velador de su casa. Jacinta, algo molesta por el viaje de Paco, no es capaz de mantener el secreto. Abel y Pedro, recién llegados de Santa Úrsula, un pueblo en el centro de la isla, se quejan del calor extremo que no les ha dejado -casi- salir en varios días.

—En Santa Úrsula cada vez hace más calor, y ahora con problemas de suministro de agua. —Dice Abel.

—¿No me digas? ¿El sitio ese adónde tu vas, Paco, es caluroso? Paco, que intenta echar un capote a la pregunta inoportuna, responde:

—Ummm, Jacinta, ya que te vas a levantar, ¿podrías traerme una botella de casera que hay en la nevera?

—¿Cómo que me voy a levantar? —Responde un tanto airada—, ¿a ti quién te ha dicho que me voy a levantar?

Paco, molesto, se levanta y vuelve con la botella, con la satisfacción, momentánea, de que ha distraído al personal de la pregunta.

—¿A dónde vas, Paco? —Pregunta Abel

Paco, a pesar de su profesión, no se siente cómodo mintiendo y menos a su vecino y amigo con el que ha compartido muchas cosas y espera seguir haciéndolo en armonía.

—A Transylvania. Un pequeñísimo país entre Ucrania, Rumanía, Eslovaquia y Hungría. Lo mismo tiene hasta frontera con Moldavia, pero ahora mismo no lo sé.

—¡Qué chulo! Eso suena a las aventura de Tintín. El asunto Tornasol, el tesoro de...—dice Pedro cuando es interrumpido por Abel.

—Si no es mucho preguntar, ¿qué se te ha perdido allí?

—Insiste Abel.

—Vamos a ver, Abel. No quiero ofenderte, pero sí es mucho preguntar.

—Este hombre un día me va a matar con tanto secretismo. —Dice Jacinta un tanto alterada. — La verdad, que no es que no me fíe de mi Paco, pero es que ni a mí me ha dicho nada, ¿sabéis?

—Mientras menos sepáis del asunto, más seguro estaré yo y las personas que ayudo. Creo que ya os he dicho bastante, ¿no?

—Oye, Paco, sin ánimo de molestar, ¿admites compañeros?

—¿Cómo? —Paco no entiende bien la pregunta.

—Es que Abel y yo nos planteábamos ayer hacer un viajecito y, digo yo que si te parece bien te acompañamos.

Paco comienza a pensar en las ventajas, obvias, y los inconvenientes, no menos obvios, de la compañía. A veces, cuando piensa de esa forma, se queda como ausente e ignora por completo las demandas del exterior.

—Paco, Paco, que te están hablando, —Jacinta le zarandeo el hombro.

—¿Qué, qué pasa?

—Te preguntaba que cuándo te vas. —Responde Abel.

—Salgo para Madrid el lunes, ¿qué día es hoy?

—Miércoles. —Responde Jacinta.

—Hasta donde puedo ser sincero, os cuento. Estaré encantado de que vengáis conmigo, pero a partir de nuestra llegada a Lypov, yo no os conozco ni os puedo decir a dónde voy. Voy con la vuelta abierta. Lo mismo acabo en 24 horas que tardo diez días. ¡Ah! Y sí, hace calor, no tanto como aquí, pero hace calor húmedo en verano, al menos, eso he leído en la wiki.

—¿Qué hablan en Transylvania? —Pregunta Pedro.

—Lo que he leído, todo esto es de la wiki, ¿eh?, es que no hay digamos un «transyldavo» propiamente dicho. En unas zonas se habla un dialecto del rumano, en otras ucraniano y hay dos o tres minorías que ahora no recuerdo. Pero el idioma oficial es el ucraniano aunque ellos le ponen un nombre local que podéis leer en la wiki.

—¡Qué moderno te has puesto, Paco, con la tablet! —Se ríe Abel.

—¿Has visto? —Responde Jacinta—, es que mi Paco es un hacha. Está jubilado y sigue resolviendo los casos raros.

—¡Ssshhhh! ¡Jacinta, por favor, más bajito! —Le pide algo molesto.

—¿Pero quién nos va a escuchar aquí, hijo?

El aterrizaje en Bucarest es bueno, el sol, aún sobre el horizonte, deja caer un luz amarillenta que se refleja con fuerza sobre el asfalto mojado. Cuando bajan los tres por la escalerilla del avión les llama la atención la combinación de calor y humedad que les recuerda a un clima tropical pero sin ese olor dulzón de otras latitudes.

—Hace calorcito en Bucarest, ¿eh? —Sonríe Pedro.

En el hotel le aconsejan varios sitios en las cercanías donde cenar. Abel y Pedro desisten de ir al centro. El entorno del hotel, que está verdaderamente cerca del aeropuerto, es agradable. El lugar donde cenan, un restaurante de un campo de golf cercano al río al que llegan andando en unos minutos, se considera de lujo para los estándares rumanos.

—He estado mirando en Google dónde está Lypovboda y me extraña que hayas escogido esta ruta para llegar allí.

—Pregunta Pedro al policía.

—Es la que me han aconsejado extraoficialmente, desde las oficinas de la UDEV. —Responde Paco en voz baja y sin énfasis, como si estuviera hablando del tiempo—. Entre nosotros, los compañeros desde hace ya años, tenemos, como en todas partes, imagino, nuestros contactos. Cuando le hablé a uno de mi edad, más o menos, pero en servicio todavía, de que tenía un tema que tratar en Lypov, Transyildavia, me dijo que iba a consultar la ficha.

—¿La ficha? —Pregunta Abel.

—Bueno, los datos que se tiene en temas de Interpol y demás. Los asuntos internacionales de policía son muy, pero que muy, restrictivos. El primer foco de atención del crimen internacional, como comprenderás es la propia policía. La policía española tiene sus datos de países y coloquialmente le llamamos «la ficha».

Abel y Pedro, escuchan con atención mientras prueban un sushi rumano que se deja comer.

—¿Y? —Pedro da pie a Paco para que siga.

—Pues que la frontera eslovaca no es segura y el viaje directo desde Moscú está desaconsejado si lo que quieres es entrar sin dar la nota. ¿Capici?

Un instinto casi inconsciente le indica a Paco que alguien, en una mesa cercana, ha reaccionado a la pregunta formulada en italiano. Paco sigue con su perorata.

—Así que lo que mi colega me aconsejó es lo que estamos haciendo. Bucarest, tren hasta el sitio adonde vamos que no lo voy a decir en voz alta porque hay un maromo que está al loro, y ...a partir de ahora me pongo cañí para que el nota no se cosque, ¿lo pilláis?

—¿Cómo? —Pregunta Abel.

—Que un pilingüini de una chispa más allá pretende quedarse con la copla. Así que aire del tema. Hablamos en el queo.

Pedro y Abel se miran sorprendidos.

—¡Risitas, cojones! ¡Que no le vamos a dar al gachó el gusto de coscarse! —Exclama Paco.

—Vale, vale, —dice Abel entre risas—, ¿pero no te parece que eres un poco viejuno hablando así?

—Mira, vecino, ¡no me toques los márgenes laterales! No es viejuno, es caló. Pero tú de esos lares ni sabes ni entiendes. ¡Pues no pretenderás que hable como uno de esos del rap o del trap, que ahora le llaman así o yo que sé, y que siempre andan a la gresca, medio enfadados!

Los tres se ríen de la situación. El hombre al que se refería Paco, acompañado por una joven, paga y se levanta de la mesa.

—Pues no me imaginaba yo que hablaras caló, —dice Pedro sorprendido.

—¡Ya quisiera yo! Chapurreo palabras sueltas, oídas aquí y allí. No llega a lo que antes llamaban germanía, pero, para momentos como el que hemos pasado, sirven.

—Volviendo a lo de antes, Paco, —retoma Pedro, cuidando que sus expresiones no sean excesivamente reveladoras—, una vez que lleguemos a destino y cojamos el carro, ¿tendremos que pasar la aduana, no?

—Hombre, claro, pero en cuanto entremos nos quedan solo unos cuarenta minutos de viaje.

Todo ha salido como estaba previsto. El paso fronterizo entre Rumanía y Transylvania consiste en una caseta controlada por dos agentes. Algunos campesinos trabajan, ajenos al tránsito, en los prados a un lado y otro de la frontera. El verano es la época más atareada de estos pueblos que difícilmente se diferencian entre sí. Siem-

pre resulta sorprendente que aquellas pequeñas, nimias diferencias que en ocasiones separan los pueblos a un lado y otro de una frontera y que pasan desapercibidas para el ojo extranjero, sean las que se usan como señas de identidad o como banderas contra el vecino.

Tras el sellado de papeles de rigor y varias preguntas en rumano que son respondidas en inglés por Abel conformando un ritual inútil de desconocimiento mutuo, la consabida barrera pintada de rojo y blanco comida por el óxido se levanta y el pequeño todoterreno Dacia entra en territorio transyldavo. Cien metros después de recorrer la tierra de nadie entre ambos países, una caseta similar a la anterior, algo mayor y con más personal forma una especie de arcada con sendos edificios a un lado y otro de la carretera y un pasillo abierto a varios metros de altura que los comunica.

Los agentes se esmeran más que sus colegas rumanos. Perros adiestrados repasan el vehículo con dedicación. Uno de los agentes, en la oficina del edificio de la derecha, se dirige en inglés a los viajeros con los pasaportes abiertos delante de él y un sello en la mano:

—¿Motivo del viaje?

Paco, que no habla inglés, le había advertido a Abel lo que debía responder.

—Turismo.

—¿Y no se aburren los tres solos? —Pregunta con cierta sorna.

—Esperamos que no sea así. Nos gustan las montañas y a Transyldavia no les faltan.

Aún no ha acabado la frase cuando tres golpes secos dejan sendas marcas azules en los pasaportes.

—Bienvenidos a Transyldavia. —Les dice, con un marcado acento, en castellano.

La zona fronteriza, claramente despejada de arbolado, es una excepción. En cuanto se alejan unos kilómetros de Rumanía, los bosques antiguos rodean las carreteras de doble sentido casi vacías. Paco se relaja un poco dejando que Abel conduzca. Pedro, interesado en el paisaje y las poblaciones cercanas a la carretera, pregunta:

—¿No podríamos parar por algún sitio? Para tomar el contacto con el país, digo.

—Prefiero llegar a Lypov directamente, si no te importa. No llevamos ni una hora de viaje y tampoco es que esté muy lejos. Vais a tener tiempo de sobra, os vais a aburrir de Transyldavia, seguro.

Entre bosque y bosque, cada diez o veinte kilómetros, se ven pueblecitos, poblaciones diseminadas con algún pequeño núcleo alrededor de una iglesia o de un edificio oficial. Las poblaciones están alejadas de la carretera que, deliberadamente las evita. Los caminos que unen esas pequeñas poblaciones con el principal que transitan ya no están asfaltados. Aquí no se ven los grandes rulos de paja que en el verano llenan los campos de cereal de gran parte de Europa. Sin embargo, aún pueden verse las hacinas, amontonadas alrededor de un palo central para poder proteger los haces de paja del viento.

—Fijaos, —llama Abel la atención—, esta gente todavía siega a mano.

—Me recuerda al pueblo de mi padre. Aunque aquello era más seco.

—¿De dónde eran tus padres? —Pregunta Pedro intentando entretenerse pues el paisaje, al principio precioso por lo frondoso del bosque, empieza a hacerse monótono.

—Mi padre nació en Borobia, provincia de Soria, y se vino a Madrid de pequeño. Ya ves, la de años que hará. Mi madre era de Burgos, de la capital.

—Pues nada más por el nombre del pueblo suena a que haga frío. —Responde Pedro.

—Tú es que eres de costa, ¿no?

Abel pega un frenazo para evitar un animal que sale del margen.

—¿Qué era eso? —Pregunta el policía.

—Algo parecido a un corzo, creo. No lo he visto llegar, está tan cerca la linde del bosque...

—Ve más despacio, anda. —Le pide Pedro.

Poco a poco, tras una ligera subida, los primeros edificios de Lypov se dejan ver. El horizonte de la ciudad, visto desde el altozano, recuerda a una acuarela decimonónica. No se ven edificios altos ni de nueva factura, excepto quizás, unos pocos de tamaño mediano, similares a cajas de cerillas o piezas del dominó, unas junto a otras, en la margen este del río Zhvydka, que atraviesa la ciudad.

—¡Joder, qué estampa! —Exclama Pedro.

Un momento de silencio, mientras van descendiendo por un camino despejado y con algo más de tráfico, refrenda la expresión. El sol, que baña la ciudad desde sus espaldas, el cielo limpio, de un azul espléndido de mitad de la mañana de verano, y los brillos de los remates dorados de las iglesias de la ciudad son los ingredientes perfectos para lo que, tanto Abel como Pedro, esperan de su viaje. Paco, no. Él está en otra cosa. Sus derroteros mentales están en adelantarse a los posibles acontecimientos negativos que puedan producirse. Que los puede haber, y muchos.

—Aquí nos separamos, —les dice Paco mientras sus amigos bajan las maletas—. El hotel es aquella casona del fondo de la calle.

—¡Ah! ¿Pero tú no te alojas en el Slava? —Pregunta Pedro extrañado.

—No. No os había dicho nada por seguridad. —Responde Paco y añade—, más por la vuestra que por la mía. Tenéis mi número de móvil para cualquier cosa que os surja. Yo tengo los vuestros. Así que en cuanto dé el tema por terminado me uno a vosotros. ¡A pasarlo bien!

Abel, serio, se acerca a Paco y hace el gesto de darle un abrazo que lo deja un tanto sorprendido. Después de la despedida, dice riéndose:

—¡Coño, Abel, que no voy a la guerra!

—Me da cosa, tío, ¿qué quieres que te diga? Ahora entiendo un poco más a Jacinta.

Pedro y Paco se ríen a carcajadas. Mientras empieza a tirar ya de la maleta con ruedas que hace el típico traqueteo con el pavimento de la acera, Paco le oye decir a Pedro:

—¡Menudo sentimental estás hecho!

—¡Que te den! —le responde.

Paco no tiene ninguna intención de quedarse en Lypov. Tiene guardada la dirección de Lana, a unos cuarenta kilómetros y calcula que podrá llegar allí en poco tiempo. El todo terreno, aunque consume bastante gasoil, se porta bien y es mucho más moderno de lo que esperaba. Mientras sale de la ciudad y toma una carretera secundaria, reflexiona sobre lo que ve. «Es como España en los ochenta», —se dice—, «como aquella España con pocas

autovías y con los pueblos aún con vida». Conforme se adentra en el interior del país, en la misma dirección de la que venían, alejándose aún más de la frontera, el paisaje se va haciendo más abrupto. Las indicaciones del GPS son certeras pero los rótulos de las carreteras están escritos en cirílico por lo que no los entiende.

—En doscientos metros, gire a la derecha, —le guía el GPS.

Paco aminora la marcha, ya de por sí baja. A doscientos metros, justo a la entrada del camino que le indica, hay un carro lleno hasta arriba de heno que casi no deja espacio para pasar. Paco, acostumbrado a conducir como un policía, mira por el retrovisor antes de acercarse a la entrada del camino. No hay nadie. Intenta entrar sorteando el carro. El caballo, un percherón rubio y viejo, mueve la cabeza sin inmutarse. El carro no tiene conductor. De la puerta de una casucha pegada al camino sale un anciano un tanto renqueante.

—*Я збираюся перенести машину! Хвилинку!* —Grita acercándose.

Con una agilidad que Paco no se espera se sube al carro y le deja sitio. Según el GPS quedan diez minutos para llegar al destino.

—«Como no encuentre a Lana voy a tener dificultades para entenderme con esta gente» —piensa.

El camino, que ya no es asfaltado, es bastante ancho y con el firme no demasiado malo. La arboleda tapa el sol directo y las sombras en algunos recodos se superponen dejando una imagen de frescor y espesura. El GPS habla: —En cien metros, a su derecha, ha llegado a su destino.

—Pues no se ve nada, ¡coño!

Paco reduce la velocidad casi a la del paso humano y sí, en efecto, justo donde señala el GPS, un pequeño entran-

te en el camino da lugar a una valla de madera. Paco se baja del coche, se oyen ladridos a lo lejos. Casi juraría haber escuchado también el canto de un gallo. Siente un poco de hambre y se pregunta dónde podrá comer algo, respondiéndose a sí mismo: «Paquito, ¡coño! ¿Estamos en lo que estamos?» La valla se abre fácilmente quitándole un pasador de madera, una simple tecnología campesina que no es la común en los pueblos que conoce.

Tras atravesar la entrada a la finca con el coche, vuelve a bajarse y cierra la valla con su pasador de madera. Repasa la bolsa que ha traído al asiento de al lado después de dejar a sus amigos. Ahí está la taser, la pistola de plástico eléctrica que le recomendaron, la que puede pasar por el arco de seguridad sin demasiados problemas. La batería es detectable en la facturación del aeropuerto, pero de ese problema ya se encargó cuando tocó a sus contactos de la T4. «En principio, se va a quedar ahí», —piensa.

Unos cuarenta metros más adelante un gran recinto, con una especie de patio abierto en el que hay aparcados varios vehículos de uso agrícola, le recibe. Dos perros, sentados al sol que baña el claro, se levantan y se acercan al vehículo. Uno de ellos, el más pequeño, ladra; el grande, aparentemente tranquilo, mueve la cola. Aunque no sale nadie, Paco observa un movimiento en una de las ventanas superiores de la vivienda que da al patio. Se oye un grito de mujer:

—Я збираюся!

Paco espera dentro del coche. Una joven sale de la casa secándose las manos y gritando a los perros que vuelven a su lado.

—Не хвилюйтеся, собаки не кусаются—, dice sonriendo y haciendo señas para que baje.

—¿Svitlana? ¿Lana? ¿Eres tú?

—Ні, ні, Лана перебуває в горах.

Al no enterarse de nada, Paco recurre al móvil. Sonríe contento al ver que hay cobertura de datos y a duras penas, muy lentamente, que es lo que le permite la red, logra entender con el traductor lo que le dice. La joven está sorprendida, pues aunque había oído hablar de esas capacidades de los smartphones nunca las había visto en funcionamiento. Una voz sintética femenina traduce las últimas palabras de la chica:

—No, no Lana está en las montañas.

Tras media hora de traducción, Paco logra enterarse de la situación. Lana y Salvador viven en una cabaña a unos treinta kilómetros en el interior del parque natural. Se tarda una hora en coche por las dificultades del camino y hay que saber por dónde meterse. El traductor del smartphone, que tanto ha gustado a la joven y que está encantada de usarlo, explica:

—Es mejor esperar mi marido. Viene más tarde. Él te llevará. Paco pregunta si hay algún pueblo o sitio donde comer cerca. La joven, contenta con la novedad, le ofrece solícita que pase a la casa con el móvil de Paco en la mano.

—«Lo rápido que se ha hecho con la copla», —piensa Paco a la vez que entra con cierto reparo a la casa.

Con el va y viene del móvil, Paco se da cuenta de que quizás no sea buena idea entrar. La parte baja de la casa está dedicada por completo a animales y aperos. Ahora, en verano, no hay animales dentro, pero a pesar de la limpieza, el aroma de todo el año aún perdura. Una escalera muy empinada, casi una escala, sube enfrente de la amplia entrada que huele a estiércol fresco de oveja.

—«Es fuerte, pero no es desagradable», —piensa Paco cuando el olor recupera su memoria de las visitas estivales a sus abuelos en Borobia.

—¡Suba! ¡Suba! —Repite la voz femenina del traductor, mientras la joven le señala la escalera.

Paco la hace el gesto de pedirle el móvil, una voz similar le contesta lo que él piensa que debe traducir:

—Creo que es mejor que me quede a esperar fuera de casa.

Pero sospecha que la traducción no debe ser muy buena por la cara que pone la joven. Paco, vuelve a formular al móvil la respuesta de otro modo:

—Quizás cuando tu marido haya llegado.

La joven se ríe y sale de nuevo al patio. Por señas, pues le ha dejado ya el móvil a Paco, le indica que dé la vuelta a la casa por un lateral. La parte trasera del edificio tiene un aspecto bien distinto. Está orientada al norte. Pegadas a las paredes hay varias filas de leña cuidadosamente cortadas. Un huerto de manzanos llega casi a los pies del edificio. Una larga mesa de madera y unos bancos bastos hechos de troncos casi entran en el propio huerto. Una puerta da a la parte trasera de la casa. La joven le pide que se siente y la espere. Unos minutos más tarde sale con una jarra y tres vasos, pan y fiambre. Le pide el móvil a Paco, que segundos después escucha:

—Esperamos a mi esposo. No hay calor aquí.

Y es verdad, el huerto bien regado, la sombra del edificio y el vino fresco y ligeramente rebajado con agua helada hace que el rato de espera sea más que agradable. Durante este rato, gracias a la traducción automática, Paco se entera de algunos detalles del aislamiento de Salvador; su retiro como ermitaño en las montañas, retiro que en ocasiones se ve interrumpido por temporadas acompañado por Lana. El traductor encima de la mesa, con el que hablan alternativamente, el fresco agradable y la compañía de los dos perros que no los

abandonan, hacen que el tiempo pase casi sin darse cuenta.

La próstata de Paco, aunque ya bastante mejor de como la tenía tiempo atrás, todavía le obliga a desaguar con frecuencia. Paco, a la vez que le dice al móvil para que le traduzca que necesita alejarse un poco al final del huerto, piensa: «menuda situación rara que esta viviendo esta mujer hoy». No quiere entrar en la casa pues no sabe bien cómo puede reaccionar el marido cuando llegue. Él sabe por experiencia que es un detalle que tiene que respetar, pero tampoco tiene muy claro lo que le va a traducir el smartphone.

Cuando la joven lo oye, sonrío y dice sin necesidad de traducirlo:

—Okey, okey, —mientras agita las manos con las palmas hacia abajo en un movimiento de extensión como si estuviera espantándolo.

El huerto es lo suficientemente frondoso como para que en pocos metros no se le vea. Al final de los manzanos hay varias filas de hortalizas. Paco distingue espinacas, lechugas y quizás, cree ver, zanahorias, cebollas y otras cuantas hileras de plantas que desconoce. A la derecha, un gran motón de estiércol llama su atención y decide que es el sitio para soltar parte del vino bebido. El estiércol está amontonado junto a un murete de piedra de color oscuro, casi negro. Una casucha medio destruida puede observarse al otro lado. Una anciana con el pelo cubierto por un pañuelo amarillo con flores rojas le saluda con la mano alzada y una boca sin dientes. Paco, que tiene las manos donde las tiene, adelanta el mentón en un extraño saludo. Ha aprendido dos palabritas en el rato que lleva con la máquina y le dice algo así como: —*Dobry den'*, —que significa «Hola, buenas tardes».

La anciana lo mira con mala cara y responde a voz en grito:

—*Bud' oberezhnyy shcho robysh, ublyudok*

Paco sonríe e intenta recordar la frase. Cuando termina se la repite al traductor que responde en su voz sin entonación natural:

—Ten-cuidado-con-lo-que-haces-bastardo.

Saluda a la señora que aún la mira y, recorriendo todo el huerto, vuelve a la mesa. En esos minutos el joven marido ha llegado y, sudoroso, descansa junto a la chica. Paco advierte, aliviado, que no parece estar molesto por su presencia. Va vestido con una especie de uniforme militar muy desgastado, como se puede ver igualmente en muchas zonas rurales de España. Es musculoso, rubio y con un largo bigote que apenas deja al descubierto la boca. Tras las presentaciones y explicaciones de rigor, el joven, que prefiere no usar el móvil de Paco, habla durante un buen rato con su esposa.

Paco usa el móvil y se presenta:

—Mi nombre es Fran, —no le gusta mentir innecesariamente pero utiliza ese diminutivo para despistar—, ¿y vosotros?

—Kladvija, —dice la joven, y señalando a su marido—, Mykola.

—Encantado, muchas gracias por vuestra hospitalidad.

El traductor ha debido decir alguna tontería porque se ríen a carcajadas. Paco desiste de intentar arreglarlo y ríe también.

Kladvija habla un rato con el traductor. Paco se sorprende de que admita tantas frases. Al poco la máquina, con su usual soniquete plano, traduce:

—Mykola está cansado. Te llevará mañana a ver a su hermana. Tendrás que entrar en casa para dormir. Tenemos cama. Mañana temprano levantamos.

—¿A su hermana? —Paco está contentísimo—. ¿Tú eres el hermano de Lana? ¿Cómo no me has dicho nada antes? —Pregunta a Klavdija.

—No me lo preguntaste. —Responde.

Mykola olvida hablarle al traductor, pero ha entendido lo que le ha preguntado:

—Sí, *sestra* Lana ya. —Dice señalando su pecho.

—¿*Sestra*? —Pregunta Paco.

—Sí, *sestra*: hermana. —Responde Klavdija.

—¿Hermano? —Pregunta Paco acentuando la o.

—*Brate*.

—¡Ah! *Brate-sestra*: Mykola-Svitlana.

—*Tak, tak*. —Afirma la pareja al unísono. Klavdija está encantada de romper su monotonía con el invitado y Mykola está intrigado por saber qué hace un hombre de la edad de Paco recorriendo media Europa para encontrar a su hermana.

Aunque cae la noche y Mykola tiene aún algunas tareas pendientes con los animales, logra conocer someramente el motivo que Paco se permite contar sobre su viaje. Simplemente, que hace varios meses que no saben nada de Salva. Por supuesto, no hace mención de cuál es su papel ni del intento de extorsión. Mykola se muestra algo preocupado y Paco no llega a conocer el contenido de las conversaciones que la pareja tiene entre sí. A medianoche, todos cansados, suben a la casa. Aunque es pequeña y no tiene muchas comodidades, está mucho mejor de lo que esperaba. Una luz tenue ilumina la pequeña habitación que le ofrecen con una cama-cajón, limpia y cómoda. La casa tiene un solo cuarto de baño. Klavdija se empeña en que él lo use en primer lugar. En cuanto suelta la bolsa y se asea un poco a Paco le entra un sueño profundo que no le aban-

dona en toda la noche. Ni siquiera es capaz de dar noticias de sus progresos.

Poco antes del amanecer nota que empieza a haber movimiento en la casa. El gallo canta casi desesperadamente. El aroma lejano a oveja no es tan intenso como a la entrada pero impregna toda la casa. Escucha usar el baño y la conversación en voz baja de sus anfitriones. Un sonido similar al de un molinillo eléctrico de café y el trastear de platos y cubiertos en la cocinilla le hace pensar en un desayuno. Paco mira el móvil que se ha cargado durante la noche. Responde a un par de mensajes de Jacinta y otro de Abel con un sucinto: «Todo ok». Hay cobertura pero el ancho de banda es muy pequeño y no quiere tardar más. Uno de los perros ladra. Oye sonidos en el cuarto de baño. Se viste y espera sentado en la cama a que se despeje. Abre un rendija de su puerta y ve que el baño está libre. Después de asearse recoge todo en su bolsa y aparece en la cocina:

—*Dobryy ranok*, —Paco se ha preparado el buenos días momentos antes. Su pésima pronunciación y su deseo de agradar saca una sonrisa a Klavdija que le ofrece una abundante taza de café. Aunque el modo aguado y casi sin filtrar en que se lo ha hecho no es su costumbre, Paco reconoce que está bueno. Klavdija le pide permiso para coger el móvil. Paco le abre la aplicación. Momentos después escucha la voz anodina de la máquina.

—Nos hemos levantado temprano para ir contigo. Los animales beben por la mañana. Nosotros volvemos la tarde. ¿Tú vuelves? Queremos saber.

Paco se da cuenta del motivo de la pregunta y responde al traductor.

—Yo vuelvo. Aprendo el camino y si necesito ir otra vez, ya sé cómo ir solo. Vamos todos en mi coche.

Treinta kilómetros no son nada en una autovía pero pueden convertirse en una pequeña aventura por los caminos estrechos y empinados de esa zona de Transylvania. Suben, agitados por el movimiento del todoterreno, hasta salir, a unos mil quinientos metros de altura, de la zona boscosa. El tránsito de la linde del bosque al matorral casi alpino de las cumbres es muy brusco, casi parece hecho por la mano humana, una vez en las cumbres el paisaje es espléndido. Una especie de cortafuegos, que sale perpendicularmente del bosque, sigue una cresta entre enebrales y piornales que Paco reconoce similares a los de la Sierra de Gredos. Ellos la siguen apenas unos minutos hasta que llegan a un collado que conecta con otra vertiente. Mykola pide parar allí. El paisaje es amplio. El collado que forma un clásico punto de silla está en sombra a esa hora tan temprana. Allá al fondo se vuelve a ver la línea del bosque. Cerca de la linde se ve bien un hilillo de humo y lo que parece ser una manchita amarillenta. Todavía el sol no ha llegado a iluminar el bosque a sus pies. Klavdija se lo señala:

—Pustinia, —dice claramente.

Paco lo busca en su traductor que responde:

—Desierto.

—«¿Desierto?»,— piensa el policía. Vuelve a comprobar la traducción.— Desierto.

—No entiendo bien, —le hace traducir.

Con un gesto orientado a quitarle importancia, Mykola y Klavdija vuelven al coche. La bajada es complicada. El Dacia se agita de un lado a otro. Paco busca la forma de evitar los baches que resaltan con la luz rasa del sol. Al llegar a la linde de los árboles el camino mejora. Poco después se abre un claro a la izquierda, Mykola le señala una vereda que sale del claro. Paco duda si aparcar y reduce mucho la marcha. Klavdija, con el mismo gesto del día anterior, sus manos hacia abajo y un movimiento rítmico de los dedos, le hace ver que siga adelante.

La vereda pasa entre dos grandes rocas y sube una pequeña cuesta. Tras dos minutos entre árboles frondosos se encuentra fascinado con una pequeña ermita, oculta entre los árboles. No por ser pequeña le falta el consabido remate en cúpula bulbosa dorada sobre la pequeñísima torre que apenas logra sobresalir entre los altos pinos. Klavdija le pide parar en el espacio abierto antes la iglesia. Paco se dispone a hacerlo en la puerta.

—*Ni, ne tam.*

El policía comprende que no quieren aparcar en la puerta y se aleja unos metros dejando la iglesia a su derecha. Los jóvenes salen del vehículo y se dirigen hacia la parte trasera sin esperar a Paco. Él, que los sigue con rapidez se encuentra con una pequeña cabaña a unos veinte metros tras la iglesia, la fuente del hilillo de humo que, con claridad sale de una chimenea metálica por uno de los lados.

—Klavdija! —Exclama una chica joven que sale de la cabaña. Tras ella, el que Paco piensa que es un pope, coloca su mano sobre el hombro y saluda con la otra en alto. —Buenos días, por lo que me han dicho, imagino que tú eres Salvador Tocina, —se dirige Paco al pope.

El joven vestido de negro con lo que aparentemente es una sotana, extremadamente delgado y con largas barbas negras asiente sorprendido de escuchar su lengua:

—Así es, ese nombre me pusieron en España. ¿Y el suyo?

—Francisco. Pero me llaman Fran, dice sosteniendo la media verdad de lo que les dijo a sus anfitriones la noche anterior.

—Pasa, Fran, por favor.

La cabaña tiene una sola estancia. Una cocinilla cilíndrica de leña está encendida en una esquina. Algo de agua hierve. Por un momento solo se oye el ruido de la tapa de la olla pequeña puesta al fuego. Una mesa y cuatro sillas es el único mobiliario que destaca en el centro. Salvador le invita a sentarse:

—Dime qué te trae por aquí desde tan lejos.

Paco no quiere andarse con rodeos. Piensa que, con suerte, todo lo que viene a hacer estará acabado en esa misma mañana, lo que el olfato le dice con la castiza frase: «aquí no hay nada que rascar».

—Me trae la desesperación de tu padre y un extraño incidente que lo ha precipitado todo.

—Ya imaginaba, ya. Tarde o temprano tenía que pasar.

Lana está de pie detrás de él. Ella coloca su mano sobre la abundante cabellera de Salvador, recogida en una especie de coleta.

—¿Cómo está mi padre de salud?

—Está nervioso, inquieto, frustrado por no poder hablar con vosotros y extrañado de todo lo que se le ha venido encima, pero de salud, que yo sepa, está bien. Mira, —añade Paco—, yo no he venido a cuestionar nada. Estoy haciendo un trabajo como profesional y vengo a asegu-

rarme de que estás bien y a buscar el origen de lo que está pasando.

Lana tiene el semblante triste, el policía, que tiene bastante intuición leyendo las emociones ajenas, diría que su expresión es de estar apurada pero sin atisbo de culpa. Mykola mira a su hermana con el rostro preocupado. Se dirige a ella mientras Klavdiya se acerca a la cocinilla y abre la tapa de la olla. El borboteo acompaña un olor lechoso que trae recuerdos a Paco de gachas infantiles. De una especie de altillo casi invisible saca cuatro platos y vasos, una jarra de agua, y coloca en el centro la olla.

—Vamos a comer algo, —dice Lana en castellano.

—No quiero nada, gracias, no os lo toméis a mal, con tanto traqueteo del camino se me ha cortado el desayuno. Mejor no. —Afirma el policía.

—Al menos un vaso de agua, ¿no? —Le ofrece Salvador.

—Sí. Eso sí.

Paco se da cuenta de que hay miles de historias que unen a estos cuatro jóvenes, historias de las que no sabe nada y que, si quiere dar por acabado su trabajo, algo, aunque sea un poco, debe saber. Los tres hombres están sentados mientras que las dos jóvenes permanecen de pie. Falta una silla y Paco se siente un tanto incómodo con la situación. Lana sale de la cabaña diciendo:

—Vengo en un momento.

Cuando vuelve trae un taburete basto, hecho con leña sin pulir. Los cinco se sientan a la mesa y Salvador entona una salmodia bendiciendo la mesa. Todos se santiguan al acabar. Paco no sabe mucho de liturgias pero observa que se santiguan al modo ortodoxo, con tres dedos juntos, de arriba a abajo y de derecha a izquierda. Cuando acaban, Salvador coge una cuchara y empieza a comer. Paco observa que tiene cierta ascendencia sobre ellos,

que han esperado que comience. Una conversación ligera entre Mykola y Salvador rompe el silencio. Lana, solícita, le traduce sin que Paco se lo pida:

—Hablan de los animales y del tiempo. El calor deja un poco atontadas a las ovejas.

—¿Calor? Aquí se está estupendamente, tenéis encendida la cocina y ni siquiera estorba. —Responde Paco.

—Aquí arriba se está bien, pero abajo no es lo mismo. Este año no las hemos trasquilado y eso les hace sufrir.

—Perdonadme que os interrumpa. No quiero ser grosero, pero creo que hay cosas de las que hablar, ¿no os parece? —Señala Paco.

—Habla, te escuchamos. —Dice Salvador.

—Son cosas muy personales, Salvador. Son detalles relacionados con tu padre que puede que no quieras...

—Mi padre de este mundo no es mi Padre. Le tengo afecto y le estoy agradecido, pero no hay nada de lo que haga o haya hecho que me avergüence. A mí me avergüenzan mis pecados que son muchos, no los de mi padre. Ellos son mis hermanos, habla sin reservas.

La parrafada de Salvador pone un tanto alerta a Paco. Ha visto en algunas ocasiones de su larga carrera profesional que algunas personas distorsionan su realidad combinándola con una narrativa religiosa de forma que uno, finalmente, no sabe con quién habla si con la persona o con los relatos preconcebidos de su mundo religioso. Paco va relatando con el mayor detalle que se atreve todo lo que ha ocurrido en San Gabriel las semanas anteriores, Lana va traduciendo en voz algo más baja pero con una habilidad casi profesional. Paco nota que el que está verdaderamente afectado es Mykola. Klavdija mueve de vez en cuando la cabeza con desaprobación. Llega un

momento en que no puede aguantarse e interviene casi en un grito dirigiéndose a Mykola y Lana.

—¿Qué dice?

Salvador hace en esta ocasión el papel de traductor.

—Siendo amable, podría traducirse por ‘vuestro padre es un ...’, imagina el insulto que quieras.

—Bueno, vamos a ver. Si estoy yo aquí, de esta forma, tranquilo y sin meter a la policía ni nada es porque queremos resolver esto sin que nadie salga dañado. No sé si me explico. —Y dirigiéndose a Lana—, ¿piensas que tu padre tiene algo que ver con esto?

—No lo creo —dice Salvador— ellos le adjudican más poder del que realmente tiene. Es un pobre hombre que se cree alguien pero que a su vez está presionado por las circunstancias. La vida en estas tierras es extraña. Las envidias y las miserias humanas son un perfecto contrapeso de la belleza de sus montañas.

Ajena, e ignorante de lo que dice su pareja, Lana exclama:

—Tú no conoces a mi padre, Fran. Si digo que es un monstruo me quedo corta.

Paco frota las manos y responde:

—¡Bien! ¡Ese es mi oficio: domador de monstruos!

Por un momento, aunque solo sea gracias al carácter de Paco, en la cabaña se oyen risas. El pope que se acerca, sudoroso a la cabaña, después del camino andado, se extraña de lo impropio del ruido. Una campanilla delata su presencia. Lana es la primera en reconocer la campanilla y sale a la puerta abierta de la cabaña:

—*Отець Василь!* —Exclama dándole la bienvenida.

Todos se levantan a la llegada del sacerdote, ceremoniosamente, le hacen pasar y sentarse. Salvador, especialmente contento con su llegada, le presenta a Paco. Lana

está siempre al tanto de traducir de una forma casi profesional, como si su presencia no existiera y fuera solo una voz que aleteara entre ellos.

—¡Sentaos, por favor! —Pide el sacerdote y añade algo dirigido a Klavdija que Lana no traduce.

Klavdija le sirve un vaso grande y decorado lleno de agua fresca. El sacerdote, murmurando unas palabras, levanta el vaso con las dos manos y se lo bebe de un tirón.

—Bien, bienvenido a la pustinia de nuestro querido hermano Salvador. Nosotros preferimos llamarlo por su segundo nombre, José. —Traduce Lana—. Esta mañana no tenía previsto venir, la verdad, —el sacerdote mira a los jóvenes. Klavdija, que permanece de pie, acepta el gesto de Mykola para que se siente en su regazo. El sacerdote sigue hablando—: Me gustaría saber, si es posible, lo que os ha reunido aquí.

Durante unos minutos Salvador, Lana y Mykola le van desgranando al sacerdote los motivos que han traído a Paco, Fran, según ellos le nombran, a ese remoto lugar. El sacerdote afirma con la cabeza y, escuchando atentamente, gira el vaso con una mano, haciendo líneas con el cerco de agua sobre la mesa. Lo levanta ligeramente y mira a Klavdija con una sonrisa, esta se lo vuelve a llenar. El sacerdote ha superado los cincuenta. Su larga barba gris está cuidada. Sus manos delatan claramente la ausencia de trabajo físico. Unas manos largas, cuidadas, que se mueven con cierto aire aristocrático sin caer en la afectación. Es delgado, muy delgado, y su forma de hablar es reposada pero emana un cierto poder que impone a los presentes. Paco, que no se ve afectado por el marco de creencias de los jóvenes, lucha en su interior con algunas, pocas, escenas de su pasado, del contacto que tuvo en su infancia con la Iglesia y sus representantes.

—¿Cómo piensa usted abordar este asunto? —Le pregunta directamente el sacerdote.

Paco reflexiona unos momentos. La escasa información que tiene no le da para plantear un plan de acción.

—Espero no ser poco respetuoso, padre Vasili, no estoy acostumbrado a hablar en estos contextos religiosos. Le pido disculpas si mi tratamiento no es el adecuado. —El sacerdote sonríe y dice que no se preocupe, que siga—. Por mi parte, podría dejarlo todo tal y como está, al fin y al cabo, el grueso del motivo por el que estoy aquí ya ha sido resuelto. El padre de Salvador José está preocupado por su hijo con razón. Yo no sé bien cuáles son sus intenciones y las costumbres que está adquiriendo en Transylvania. No sé si ustedes son ortodoxos o católicos y me da igual. Lo que no es justo, perdonenme si les molesta mi opinión, lo que no es justo ni religioso, desde mi punto de vista, es desaparecer de esta forma sin darle al padre ninguna noticia en varios meses.

A medida que Lana está terminando de traducir la perorata de Paco, el sacerdote levanta la vista hacia Salvador y le habla pausadamente pero en un evidente tono de reproche o de admonición, por usar un término más preciso. Salvador mira al suelo y aguanta las palabras del sacerdote sin rechistar.

—No soy amante de los significados de los sueños que engañan más que aclaran,—Lana va traduciendo las palabras del sacerdote—, pero esta noche he soñado algo que me ha hecho venir aquí esta mañana. He dejado decenas de personas esperándome, cosas que hacer y asuntos que tratar. No suelo contar mis sueños pues no soy nadie a quien tenerle los sueños en cuenta, pero esta noche San Gabriel me ha dicho claramente que debía venir a la pustinia del hermano José.

Paco siente un cierto escalofrío cuando oye «San Gabriel». No puede evitar decirle directamente a Salvador: —¿Tú le has hablado de la isla al cura?

Ambos niegan con la cabeza y Lara, no puede evitar emocionarse y echarse a llorar. El sacerdote pregunta qué le pasa. Salvador le responde y Paco no necesita traducción:

—Este detective viene de la Isla de San Gabriel, en España.

—¡Alabado sea el Señor! —Exclama el cura tan sorprendido o más que los presentes.

El policía ha visto muchas cosas en su vida y mantiene una prudente neutralidad sobre lo que está oyendo, aunque hay un punto de asombro que acepta sin mucho entusiasmo.

—Pero hemos dejado sin contestar mi pregunta, señor Fran. ¿Cómo piensa usted tratar este asunto? —Insiste el sacerdote.

—Pues eso es lo que estaba diciendo. Por mi parte este caso está cerrado. El joven está vivo, bien, y permanece alejado por voluntad propia. Es mayor de edad y yo no entro en las decisiones ajenas aunque me parezcan éticamente reprobables, yo ahí ni puedo ni quiero entrar. El tema de la extorsión a su padre se produce en suelo español y será la policía española la que tenga que hacerse cargo. Otra cosa es...—Paco duda en ese momento si seguir—, que actuemos de forma poco convencional con el origen del problema. Lo que pasa es que aún no lo tengo claro del todo. Vamos, que no sé qué grado de monstruosidad es ese al que se refiere Lana sobre su padre.

Lana se ha recompuesto con su labor de traductora. Kla-vdija anda preparando cosas en la cocinilla ayudada por

Mykola. El padre Vasili se levanta y le dice a Salvador unas palabras:

—El padre quiere que paseemos los tres, Fran.

Lana se dirige al cura. El sacerdote le coge de la mano y le pide que se quede. Paco agradece el movimiento, salir al bosque y estirar las piernas. El cura dirige los pasos. A la derecha de la ermita sale un caminito por el que difícilmente pueden andar en paralelo. El cura va delante y se ve que conoce muy bien el lugar. Unos minutos después llegan a un surgimiento de agua, un venero que nace de una roca y que en pocos metros se convierte en un riacho de montaña. El agua baja rápido, la pendiente está encharcada en los primeros momentos, como si la tierra no fuera capaz de contener tanta cantidad de líquido. El sacerdote baja, levantando ligeramente la sotana, con una habilidad que a Paco le cuesta emular. Al suavizarse la pendiente el riacho se convierte en un caudal de un metro de ancho que evita unas grandes piedras. Sin necesidad de ayuda, el padre Vasili se sube a una de las más altas. Salvador le imita y extiende su mano para ayudar a Paco.

—Solía venir aquí de pequeño, —traduce Salvador—, cuando todo era más fácil y más difícil que ahora.

—¿Cómo es eso? —Pregunta Paco.

—Cuando nací no existía Transylvania. O mejor dicho, existía formalmente pero no realmente. Estas montañas formaban parte de la República Soviética de Transylvania, o sea que estábamos en la URSS. La vida ordinaria, me cuesta decirlo, era fácil en mi infancia. Vamos, salvando el hecho de que éramos los herederos de las atrocidades cometidas en las décadas anteriores. ¿Tú sabes lo que hace el miedo en la gente? —El cura mira a los ojos de Paco. Paco asiente:

—En España también hemos vivido lo que es el miedo después del horror.

Salvador, que no es tan buen traductor como Lana, se esmera por encontrar las palabras adecuadas y en ocasiones se atasca. El cura coloca la mano sobre su hombro y le da golpecitos como diciendo: «he comprendido, está bien».

—Pues en los años sesenta y setenta la vida en estas tierras no era especialmente difícil. Había que trabajar, esforzarse y demás pero había un cierto horizonte vital salvo, claro, que fueras religioso. Entonces todo eran problemas. —Sigue traduciendo Salvador.

—Imagino. —Afirma Paco.

—Yo, que pertenezco a una familia de origen ucraniano y ortodoxa, lo tuve difícil pero no imposible. Pero reconozco que muchos vecinos y amigos míos cuyas familias eran de la iglesia greco-católica vivían su religión en la más absoluta clandestinidad. Habían sido perseguidos por rusos blancos, soviéticos, nazis, ucranianos y vaya usted a saber qué más etiquetas ponerles a sus múltiples enemigos. Es un revoltijo de identidades el que ha asolado estas tierras durante décadas. Y si no estamos listos, seguirá asolando. ¡Ya ves! Como si no hubiera un solo Dios. —Traduce Salvador con tristeza.

—Hemos pasado de estar prohibidos a estar tolerados. De ser, digamos, tolerados, a casi ser la iglesia oficial y últimamente, de ser la iglesia oficial a ser de nuevo vistos con malos ojos. Pues la geopolítica es así, Fran, y a las iglesias solo las quieren para agitar banderas. Y no creas que soy tan tonto como para pensar que las propias iglesias no tienen gran parte de culpa. Pero ¿sabes que pasa? Que lo que es verdaderamente grande está más allá de estas barbaridades ancladas en el tiempo y el

espacio que solo tienen un nombre: poder. Pero bueno, vayamos a lo nuestro, ¿no? Si te he contado esto es para que comprendas lo que ocurre en la familia de Lana. El padre, un empresario local con cierta influencia, autoritario, muy controlador y que nunca ha estado interesado en temas religiosos, ha sido —Salvador no entiende algo de lo que está diciendo el cura, al momento continúa—, reclutado, perdona la expresión que no sé si es exacta, —traduce Salvador—, por la iglesia greco-católica que es la que está ahora protegida por el poder. La madre, una mujer de origen ucraniano como yo, aunque nació en Transylvania como yo, tiene afectos y devociones similares a los míos. Hasta hace unos años estas cosas carecían de importancia. Los hijos mayores de Arseni, el padre de Mykola y Lana, ignoran estos temas por completo y están en el negocio del padre, dedicados a sus caballos y demás.

Salvador interviene y habla con el padre Vasili que le anima a seguir.

—En esa época entré yo en escena, por decirlo así, —aclara Salvador—. Ni por asomo me imaginaba el conflicto que había en la zona. La verdad es que en mi vida cotidiana de estudiante de Erasmus en veterinaria no me daba cuenta. Conocí a Lana y conocí el negocio de Arseni, algo que me entusiasmó desde el principio. ¿Tú sabes las praderas alpinas en las que tiene a los caballos? Es una maravilla. También aquí conocí al Padre Vasili y a otros como él. Buenas personas, santas, si me dejas que use esa palabra. Y también a gente desesperada por buscar el paraíso de occidente, del que yo, me he dado cuenta después, venía huyendo. En el 2014, con el conflicto de Crimea, todo se puso patas arriba. Yo había acabado mi estancia, no la podía

alargar más. Ganaba algo de dinero en el negocio del padre de Lana, pero la situación en su casa empezó a ponerse tensa con los hermanos mayores. Total, que volví a España a hablar con mi padre, a resolver algunos problemas de salud de Lana y a gestionar un visado para volver a Transylvania definitivamente. Mi padre no quiso escucharme, se negó en rotundo a admitir lo que yo llamo «mi conversión». No logré hablar con mi madre. La última vez que hablé con ella tenía catorce años. Nos abandonó cuando yo era pequeño. Era una mujer muy complicada y el alcoholismo la destrozó. Ni siquiera sabemos si está viva. Cuando volví en 2015, los hermanos mayores de Lana insistían en montar un negocio de turismo rural. La verdad es que la zona lo permite, y me convencieron para que pidiera dinero a mi padre. Yo quería paz, quería congraciarme con ellos y que las tensiones que habían se encauzaran en el nuevo proyecto. Date cuenta de que aquí el salario medio de un trabajador con cierto oficio ronda los 400 euros. Con eso se vive sin apuros en Transylvania. Lo que yo les presté y que temo no voy a recuperar por mi ingenuidad, es una barbaridad en comparación. Ese fue mi error.

Paco pregunta algo que a ambos les sorprende:

—¿Quién es Branka?

—Branka es una chica que vive en Lypovboda. Lana la conoció en la universidad. En una ocasión, estábamos ella y yo tomando algo y se nos acercó con la clara intención de conocerme. Ya sabes cómo es Lana, Fran. Yo sé que ella no es muy agraciada físicamente, no soy tonto. Y Branka, ya sabes, es un tanto...

—Busca resolver sus problemas económicos vía vaginal, digamos. —Responde Paco.

—Una manera salvaje y acertada de decirlo, sí. Ella insistió en venir a España y Lana no supo cómo quitársela de encima. Cuando llegamos a España desapareció unos meses para volver a encontrarnos poco antes de nuestra vuelta. Estaba acompañada de un tal Víctor, un chico rubio, guapo que parecía ser su novio del que no sabemos más.

—¿Transyldavo?

—Eso creo. Pero lo mismo es ucraniano o moldavo o ruso... ¡Vaya usted a saber!

—¿Sabes si hay una banda detrás? ¿Si va por libre o ese es su chulo o algo así?

—No tengo ni idea. —Responde.

Salvador le traduce. El sacerdote mira el cielo:

—Ya ves con lo que tenemos que tratar por aquí. Se hace tarde, debo volver al pueblo. Me esperan. —Le traduce.

—Para su consuelo, padre, estas cosas pasan en todos lados. —Le responde Paco y añade—: ¿qué es una pustinia, padre Vasili? El traductor me dice que es un desierto.

Salvador se ríe y, contento de la pregunta, traduce a su mentor:

—En efecto, pustinia y desierto son sinónimos. El pustinik se retira a un desierto tanto interior como exterior. Se aparta del mundo para verlo desde la distancia y ser más útil. También puede verse, y esto ya depende del recorrido que tenga el pustinik, como una especie de retiro purificadorio. Quizás —dice poniendo una mano sobre el hombro de Salvador— esa sea la etapa en la que Salvador se encuentra. Pero ese, desde luego, no es el objetivo.

—¿Cuál es el objetivo entonces? —Pregunta Paco.

Van acercándose a la iglesia. Ya puede verse la cúpula dorada sobresalir entre los pinos.

—Una pregunta muy grande para una cabeza tan pequeña como la mía. —Traduce Salvador—. Quizás el objetivo se vaya descubriendo por el camino, vaya cambiando, en cualquier caso lo que el Señor quiere para cada uno de nosotros no tiene porqué ser lo mismo. Claro que quiere nuestro bien y nuestra santidad, pero eso puede expresarse de mil formas distintas.

Mientras van ascendiendo a la ermita, Fran se ofrece a llevarlo de vuelta al pueblo:

—Tengo que llevar de vuelta a Klavdija y Mykola a su casa, no me importa desviarme lo que haga falta. Por cierto, ¿hay cobertura en el pueblo?

III

—Tienes razón, pero no es tan fácil como te imaginas. [...] Eso, tú tranquila. [...] Pues disfruta de la playa y de la sobrina y dale recuerdos de mi parte. [...] Aún no lo sé, unos días, pocos, imagino. [...] En cuanto sepa algo te llamo. [...] Los dejé ayer en Lypov, estarán recorriendo la ciudad. [...] ¡Ah! ¿Que a ti te han llamado? Pues haber empezado por ahí. [...] No, no es lo mismo. Yo estoy en unas montañas de casi 2000 metros, en mitad de la nada, ¿entiendes? [...] Bueno, cuando tenga noticias te llamo. [...] Adiós, adiós.

Paco ha llevado al padre Vasili a Dzhovdro, un pueblo de cierto tamaño en el que hay cobertura de datos lenta, pero aceptable. Mykola, Klavdiya y Lana aprovechan para hacer algunas pequeñas compras, mientras él les espera tomando un café en la única cafetería de la plaza central. Lana, a sugerencia del cura, ha dejado unos días solo al joven ermitaño. Paco está relajado. Se ha hecho composición de lo que ocurre y está con-

vencido de que no hay nada especialmente grave en este caso.

En las mesas de la cafetería no hay nadie. No sabe si es demasiado pronto o demasiado tarde para las costumbres del lugar. Afortunadamente está a la sombra porque el sol, que va bajando por el horizonte, aún es molesto. Aunque no le gusta hablar en un lugar abierto como ese, es la oportunidad pues la cobertura en la casa de campo es bastante peor. Hace un cálculo y piensa que serán las seis o las siete en España.

—Hola Javier, [...], sí, sí, estoy en el terreno. El chaval está bien, sin más problemas que los que él se ha querido buscar. [...] Nada de retenido ni nada de eso. [...] ¡Qué va! Es que se ha convertido a la iglesia ortodoxa de aquí y se ha metido a ermitaño, bueno, a una especie de ermitaño. [...] Sí, por eso digo lo de especie, porque es ermitaño con novia. [...] Seguro, seguro, a Dios lo encuentra, ¡ya te digo! Pero, [...], eso te iba a decir, mucha religión, mucha religión pero a su padre que le... [...] ¡No veas la bronca que le ha echado el cura! [...] No, *ueme*, no, pero por lo que estaba pasando me lo imagino. [...] Bueno, no sigas por ahí, el caso es que esto está casi cerrado. Cuando cuelgue voy a llamar al médico. Por ahora el chaval no quiere hablar con su padre. Eso ya no es cosa mía. [...] Mira, por tu parte solo te paso un dato, cuando llegue a San Gabriel te pasaré un informe extraoficial, pero ahora mismo tengo un dato que, si lo ves necesario, puedes usar. [...] Vale: apunta Branka Radistruk, ha entrado en San Gabriel en el 2014 y parece ser que estuvo allí más tarde. [...] Sí, la de las fotos. [...] Iba acompañada de un tal Víctor, apellido desconocido, nacionalidad incierta, de cualquier país de esta zona. Joven, rubio y guaperas. ¿Lo pillas? [...] Vale. Te tengo al tanto. Hay una deriva-

ción del caso que quiero tocar antes de volver. [...] Quizá un par de días. [...] Chao, chao.

Como los jóvenes no aparecen intenta localizar al médico que le coge el teléfono enseguida:

—Buenas tardes Salvador. Hay buenas noticias. [...] Sí, en efecto, está bien. Por ahora no he conseguido que hable contigo. El lugar donde está no tiene cobertura, está alto y apartado, en las montañas, pero está bien. Sano y con buen aspecto. [...] Eso, eso es lo importante. [...] ¿Hay alguna novedad por ahí? [...] Nadie entonces le ha llamado ni ha notado nada raro. [...] ¿Le has preguntado a la recepcionista? [...] Bueno, a veces, se pasan cosas por alto. [...] ¡Ah! ¿Ves cómo hay detalles que señalar? [...] ¿Y cómo lo sabes? [...] ¿Estás seguro? [...] Espera un momento que lo copio. [...] ¿Todo junto? [...] ¿Y cuándo salió? Vale, pues bueno es saberlo. Te tengo informado. Aún me queda visitar al padre de Lana. [...] No, no te preocupes, ya hacemos cuentas. [...] Eso es. Hasta pronto. Paco vuelve a marcar el teléfono:

—Hola Javier, disculpa que vuelva a molestarte, es un detalle. Acabo de hablar con Salvador el médico, y me dice que el periódico mediterráneo..., ¿lo conoces? [...] Ahí está, que ha salido en la versión digital una noticia, de estas chiquititas que no sale en primera fila, de otra muñeca similar a la de nuestra playa. Yo no la he leído, acaba de contármelo. Si quieres, puedes echarle un vistazo. [...] Solo era eso. Te dejo. [...] Un saludo.

Los tres jóvenes se acercan a la cafetería con bolsas de la compra. Paco les pregunta:

—¿Queréis tomar algo?

Klavdija y Mykola se miran. Paco no sabe si es que se sienten incómodos por que los vean con él o tienen prisa por volver.

—Un refresco, una coca cola y nos vamos, ¿vale? —Insiste el policía.

—No te ofendas, Fran, pero preferimos tomarlo en casa, —responde Lana y mirando a Mykola añade—, él está algo preocupado por los animales.

Paco se bebe lo que queda del café de un tirón, y deja un billete encima de la mesa. Lana le advierte:

—Eso son diez cafés, ¿no tienes monedas?

—No. Cambié algo de dinero en Rumanía y no he hecho uso de monedas aún. ¿Tienes cambio?

Lana pone un par de monedas en la mesa mientras dice: —Invita la casa.

Paco toma nota y sonríe. Vio una pastelería en la calle principal por la que entraron.

—¿Os gustan los dulces? —Pregunta al subirse al coche.

—Sí, claro, Mykola es muy goloso.

Al pasar por la pastelería, aparca un momento el coche. El pueblo no tiene tráfico como para que dejarlo así en medio de la calle afecte a nadie.

—Esperadme un segundo.

Paco, por señas, deja el billete sobre el mostrador y señalando los pasteles en general y el billete, dice:

—Please.

Al momento sale con la bandeja más grande llena de dos pisos de pasteles y envuelta en un papel precioso con un gran lazo rosa. Al subir al coche, se lo pasa a las jóvenes que están detrás:

—Ya nos podemos ir.

Volver a la casa de campo desde el pueblo de Dzhovdro supone un desvío que alarga el viaje considerablemente

aunque lo hace más cómodo, por una carretera asfaltada. Paco aprovecha esos minutos para indagar algo más sobre Arseni, el padre de Lana y Mykola.

—Me gustaría saber, —dice Paco hablándole a Lana pero dirigiéndose también a Mykola—, cómo se tomaría vuestro padre una visita mía, si es que podéis encontrar algún motivo que le haga recibirme y permitirme hablar con él.

Paco no sabe bien si la situación les desborda, pero Mykola permanece callado. Klavdija se dirige a él. Sus miradas se cruzan. Intercambian unas palabras. Lana responde:

—No se nos ocurre nada.

—¿Y a ti, Klavdija? —Pregunta Paco de nuevo. Quiere sonsacar algo más de información que le dé pistas sobre cómo poder abordar bien al llamado «monstruo», pues todavía no sabe en qué consiste esa maldad de la que todos hablan.

—Mi suegro es un hombre normal. Antes dije que es odioso. —Lana traduce las palabras de su cuñada.

Klavdija sigue hablando:

—No quise decir que no sea lo que es normal por aquí. Es un hombre que ha vivido muchas miserias, de las que ha salido a base de trabajo, engaños y cosas que no quiero contar.

Paco va afirmando con la cabeza. Reconoce la tipología humana que le va describiendo. Ha visto a muchos hombres envejecer así, a golpes dados y recibidos. Haciéndose los duros, forjando una personalidad de hierro que solo sabe relacionarse con los demás a base de recibir y producir dolor, hasta el punto que llega un momento en que ni siquiera con los suyos se permiten un atisbo de ternura. Se dice Paco: «con las mujeres es distinto.

No es que no se dé, pero parece que todo lo que supone la masculinidad es orientarse en esa dirección. Las personas como instrumentos en manos de la autoridad, del poder, ¿no? Una autoridad ajena, impuesta, que con los años termina viviéndose como propia, como correlato del propio poder que no se tiene sobre la realidad pero que se ejerce sobre los débiles. La forma femenina de expresar esa relación con el poder es más rebuscada, más cerebral, ¿no?»—Se pregunta a sí mismo, a la vez que se responde—: «Menudo desvarío tienes en el coco, paquito».

La carretera y sus curvas dejan un silencio en el coche. Lana le advierte:

—Estamos llegando, ve más despacio, por favor.

Paco reconoce la entrada a la izquierda, la misma que cogió el día anterior, salvo que se acerca en la dirección contraria.

—¿Puedo ayudar? —Pregunta Paco en cuanto se bajan del todoterreno.

Klavdija y Mykola le miran con cierta sorpresa. Lo último que esperaban del viejo detective es un ofrecimiento de ayuda. Han estado todo el día fuera y hay ciertas cosas que los animales no perdonan. Mykola se dirige hacia el cercado en donde tiene a las ovejas. Sin palabras, le pide a Paco que le acompañe. Lana va tras él. Klavdija se acerca a los perros, saludándolos. El grande, el que parece más manso, se va con ella detrás de la casa. El otro, un perro ovejero que muestra bastante más profesionalidad perruna acompaña a Mykola pues sabe que es momento de trabajar.

El cercado en donde tiene a las ovejas en verano es enorme, Bravo, que así se llama el perro, obedece a los silbidos de su amo que las va dividiendo de forma que final-

mente logra aislar un grupo de unas veinte en un retazo algo más pequeño del cercado. Paco, con poca habilidad imita a Mykola que le anima a coger algunos corderillos pequeños, Lana hace lo mismo. Los tres, con uno en cada mano, se dirigen a la casa seguidos de cerca por Bravo. Mykola hace un silbido largo y triste y el perro se vuelve adentro del cercado para espanto de las ovejas que estaban relajadas de nuevo. El sobrealimento a los corderos pequeños no solo los engorda sino que alivia a las madres. Mykola y Lana lo hacen con esmero en el corral de la planta baja y pronto un murmullo de gritos de llamada a las madres se convierte en la alfombra sonora sobre la que se asienta la casa. Un buen rato después, devueltos los lechales al redil exterior, vuelve a hacerse el silencio.

Ya de noche, sentados en la mesa del huerto, Mykola habla con Klavdija. Paco está bastante cansado del ajetreo del día. Klavdija y Lana colocan platos y vasos y se disponen a cenar. Una cena improvisada, sin elaboración, que a los cuatro les sabe a gloria.

—Disculpa, Lana, mi pesadez. Volviendo a la pregunta de antes. Habéis hablado de que es un monstruo, de que es odioso, de que es normal. Yo, que no conozco vuestras costumbres y que pretendo evitar un problema que derive en lo policial, cosa que todo lo complica, necesito saber más.

—Pregunta, —le responde Lana comiendo un buen trozo de queso.

—Vale, empecemos: ¿cómo es que vivís aquí? Me habéis contado que tu padre tiene una finca enorme. ¿Cómo fue la decisión de marcharos de allí?

Lana les traduce a Mykola y Klavdija y entre los tres van respondiendo a Paco.

—En 2015, —Paco saca su libretilla y lápiz y pregunta la fecha—, con la excusa del cumpleaños de Mykola, se hizo un recibimiento especial a Salvador como mi novio. Mis hermanos mayores, Arseni y Bohdan, estuvieron presentes. También asistieron mis cuñadas y nuestros dos sobrinillos junto con mi abuela Ekaterina, que falleció un año más tarde, y otros amigos. El caso es que la fiesta acabó en tragedia y a partir de ahí decidimos marcharnos de casa.

—¿Tragedia?

Mykola, algo molesto, que entiende la palabra «tragedia» pues se pronuncia casi igual en su idioma, interviene y Lara le traduce:

—Nuestros hermanos son bastante mayores que nosotros. Mi padre se casó en segundas nupcias con nuestra madre cuando se quedó viudo al nacer Bohdan. Entonces todo el asunto de la religión se llevaba casi en secreto y tampoco es que a mi padre le importara demasiado, la verdad. En la fiesta mis hermanos se empeñaron en traer a un cura greco-católico como invitado y para que dijera unas palabritas. Aquello era un insulto a mi madre que, aunque no dijo nada por miedo, se sintió muy molesta.

—¿Miedo?

—Miedo a la respuesta airada de mi padre. No hacía un año de la guerra de Crimea y la iglesia greco-católica se había convertido en defensora de una Transylvania libre. No me preguntes qué quiere decir eso porque ni yo misma lo sé. —Dice Lana—. Mi abuela Ekaterina era la propietaria de esta casa en la que estamos. En aquel momento, delante de todos, se la legó a mi madre con la condición de que su hijo Arseni, mi padre, nunca pusiera un pie en ella ni dispusiera de la casa para venderla. Lo hizo también en el notario.

—Entonces tu abuela Ekaterina era abuela paterna.

—Sí, sí. Fue muy fuerte. Ella se puso en contra de su propio hijo, de mi padre, vamos, y de mis hermanos que tenían la intención de quedársela. Cuando poco después, antes de la comida, fue a hablar el sacerdote. Mykola dijo que no quería cura ni rezos en su cumpleaños, y menos si se trataba de un cura católico, que eso era ofensivo para mi madre. Y entonces mi padre le abofeteó en público. Habíamos puesto unos caballetes y unas tablas que hacían las veces de mesas corridas para todos los comensales. Mi padre, golpeó la mesa con tal fuerza y tan mala fortuna que todo, literalmente todo, se vino abajo. Como consecuencia, además, algunos comensales se dañaron los pies. La fiesta de recepción de Salvador acabó con coches manchados de sangre camino del dispensario. Mi abuela lloraba como si volviera a recordar las escenas de guerra y miseria del pasado. Mi madre, atónita, se desmayó y hubo que llevarla también al dispensario. Fue un desastre.

—¡Menuda fiesta, ¿no?! —Exclama Paco—. Pero todo lo que me contáis está en el ámbito de lo que son las riñas y desavenencias familiares. Que no digo que para vosotros no tenga importancia, ¿eh? Pero ¿hay algo más de lo que poder tirar para averiguar el origen de la extorsión?

Ni Klavdija ni Mykola están al tanto de los detalles de la muñeca ni de las fotos y el sobre recibido por el padre de Salva. Paco no ha visto la necesidad, hasta ahora, de develarlo, así como el papel de Branka y el tal Víctor en todo esto. Con delicadeza, pero con precisión va desgranando todo ese asunto. La noche es cerrada y con la suave luz de la lamparilla el huerto es una mancha negra impenetrable. La llamada de un cárabo rompe los pequeños silencios que Paco hace para que Lana le traduzca. Cae

algo de frío y Klavdija se echa una toca por encima que le hace parecer más mayor y más pequeña. Mykola bosteza. —Parece que es hora de dormir, no os quiero molestar más. —Dice Paco—. Yo me marcho a Lipovboda.

—¿A estas horas? —Pregunta Lana.

—Aquí en el campo parece que es muy tarde, pero todavía no es medianoche y son solo cuarenta kilómetros. En una hora estaré allí. Mañana os llamo.

—¿Puedo ir contigo? —Pregunta Lana.

—Sí, claro. Yo voy a ver si me admiten en el hotel Slava. No les he dicho nada, pensaba llamarles ahora mismo.

—No tienes sitio en Lipov, entonces.

—No, pero no es problema, si no hay sitio en el hotel buscaré algo.

—Yo tengo un piso en la ciudad. Puedes quedarte si quieres.

—Es demasiado, no quiero ser un estorbo.

—Nada, nada, espera que recoja unas cosas. —Le pide Lana.

—Te espero en el coche. —Responde Paco—, me despido de vosotros, buenas noches.

La pareja, medio adormilada se levanta con la intención de acompañarlo.

—No os molestéis, por favor. ¡Hala! Idos a la cama, —dice en un castellano viejo que entienden solo por el gesto de Paco y por su propio cansancio.

—Le estoy dando vueltas a lo que nos preguntas. —Dice Lana en el camino—. No creo que mi padre tenga nada que ver con el asunto de la muñeca. No llegan sus hilos

tan lejos. No se me ocurre otro vínculo que Víctor, el novio de Branka. Lo conozco muy poco, pero hay alguien en Lyov que lo conoce algo más, y si es así, tiene que estar aún despierta.

—¿Le gusta la noche?

—Es un ave nocturna, sí, como la que hemos escuchado hace un rato. Pero tenemos que pasar por casa. No voy vestida como para buscar a esta chica en las discotecas a las que va a menudo.

La llegada a la ciudad es algo más rápida. La bajada de la montaña está despejada a esas horas. Entran en la ciudad por un barrio moderno, Lana le va indicando a Paco por dónde ir. Aparcan junto a uno de esos edificios con forma de caja de cerillas que tanto llamaron su atención al llegar, en la orilla opuesta de la ciudad vieja.

—¡Vaya, hombre, el ascensor vuelve a estar jodido! —Exclama Lana en un castellano castizo.

Paco, que no esperaba esa exclamación, sonrío. La sonrisa se le hieló en la cara cuando pregunta a qué planta vamos:

—La once, —Lana le mira con cara de pena.

Unos minutos más tarde, Paco resopla. El sudor le impregna la cara y el cuello.

—«¡Madre mía!» —Piensa—, «¡Y ahora toca irse de marcha!»

Lana abre la puerta de uno de los cinco apartamentos que hay en cada planta. Apenas un pasillo que hace de entrada, una cocina donde no caben dos personas, un salón con una pequeña terraza que está orientada en la dirección de la ciudad vieja y un dormitorio con un baño dentro, es todo lo que se puede encontrar. Lana, con su bolsa, entra en el dormitorio y le dice:

—Tardo diez minutos.

La chica desgarbada y algo recatada que entró al dormitorio difícilmente se la reconoce al salir. Paco no puede evitar una exclamación de sorpresa.

—¿Qué? ¿Pensabas que soy una feucha sin remedio?

—Pregunta Lana—. ¿Sabes?, si eres joven y enseñas piernas y delantera, tienes asegurado el éxito. —Dice embutida en un vestido negro mini muy ceñido con un abundante escote. Su cabellera rubia, que tenía recogida en un moño apretado, le cae hasta casi el final de la espalda. Se ha quitado las gafas y las ha sustituido por unas lentillas que no suele usar en el campo—. Pasa tú, si quieres, imagino que querrás ducharte, ¿no?

Paco pasa con su bolsa al dormitorio y cierra la puerta. Una habitación no muy grande pero limpia y ordenada le invita a tomarse su tiempo. El baño tiene una ducha grande, con una silla de baño anclada a la pared de listones de madera. El agua caliente, aunque no muy abundante, le lleva por unos momentos a un espacio sin pensamientos que él se permite sondearlo unos instantes.

Después del aseo intenta aclarar algo sus ideas. Ir de discoteca con una chica joven a su edad puede llamar la atención sobre él y lo que es peor, ponerla en peligro a ella. Escoge, de la poca ropa que trae, la más apropiada para la ocasión. Un pantalón blanco, algo arrugado por el trasiego en la bolsa, una camisa verde claro, muy veraniega sobre la que se coloca una blazer a cuadros.

—«La taser abulta mucho en esta ropa veraniega», —piensa—, «mejor me meto el puño americano en el bolsillo de la chaqueta y tira que va».

Cuando sale, Lana, que lo está esperando en el sofá del salón, dice, con un acento venezolano impecable:

—Tú tampoco estás nada mal, papito, recién afeitado y limpito.

—¿De dónde sacas ese acento? ¡Madre mía, eres una caja de sorpresas! —Paco cambia el rostro al sentir el peso del puño americano en su bolsillo—. Tenemos que hablar antes de meternos en faena, Lana.

—¿Sí? ¿Qué quieres que hablemos?

—No sé si te das cuenta, dice señalando el espejo que, de suelo a techo, cubre una de las paredes del salón, la imagen que damos. —Le hace ver Paco.

—¿Por qué tú piensas que te he dicho papito, amol? —Lana cambia ahora ligeramente su acento que parece más habanero que venezolano.

Paco no puede contener la risa. Enseguida se recompone.

—Bueno, pues eso, que me preocupa que te pongas en riesgo. Yo en unos días lo mismo estoy de vuelta a España pero tú te quedas aquí y tienes que pensar en no señalarte, ¿no? Lo mismo damos con mala gente, tú me entiendes.

—Sí. Tú eres el experto en seguridad. Lo hacemos como tú quieras. Mi intención es contactar con Brândușa, preguntarle por Víctor, recabar la información que tenga y dártela. —Lana por un momento se pone seria, su rostro está algo tenso. Paco interpreta bien los pequeños cambios en el rostro debidos a la tensión. No puede evitar sentir cierta atracción por la joven que tiene delante a pesar de las circunstancias que le están diciendo el tremendo esfuerzo que hace, o quizás, piensa, es justo eso lo que la hace atractiva a sus ojos.— Me siento en deuda con Salva, Fran. Él ha metido a su padre en un lío y lo ha hecho por mí. Su padre no es un santo, eso lo sabemos, pero no se merece lo que le está pasando. Lo que estoy haciendo es ayudar. Además, estuve hablando con el padre Vasili y

tengo su apoyo también. Tú no sabes lo que eso puede significar en estas montañas.

—Está bien. Vamos a hacer una cosa: ¿tienes el móvil?

—Sí, claro.

—¿Con batería suficiente?

—Sí.

—Mándame un whatsapp. —Paco le da el número y segundos después le llega la notificación. Paco la agrega a contactos y hace lo propio.

—Bueno, ya lo tenemos. Yo te llevo a donde me digas, tú entras sola. Con esas pintas te dejan entrar hasta la cocina. Si hay algún problema del tipo que sea, me lo dices por whatsapp. ¿Hay cobertura a donde vamos?

—Sí, claro.

—Si logras dar con, ¿cómo se llama?

—Brândușa, es un nombre rumano, la chica es rumana.

—Eso, Brândușa, si das con ella y está dispuesta, salís las dos y os venís al coche. Si no quiere o no puede me lo dices. ¿Vale? Hoy día no es raro ver a una chica joven escribiendo en su móvil, aunque esté de fiesta, así que es lo mejor para no ponerte a ti en el foco.

—Sí, sí, —Lana coge un bolsito negro con una cadena dorada y colocándoselo en bandolera dice—: vamos, que se va haciendo tarde.

Paco mira su reloj: la una y media. Entra en la habitación a recoger su bolsa.

—¿Qué haces? Deja eso ahí, hombre.

—No te voy a contar porqué la cojo, pero mejor que esté conmigo.

Por una de las avenidas de la ciudad moderna se llega en apenas unos minutos a una especie de polígono industrial. Paco le pide que le enseñe el local solo para hacerse con la situación y ubicar el coche a una distancia pru-

dente, ni muy cerca ni muy lejos. La puerta del Eyla está atestada de gente joven, Paco pasa por delante a cierta distancia desde la avenida exterior y tuerce a la derecha cogiendo una calle secundaria. En cuanto vuelve la esquina, aparca y apaga las luces. Lana va a bajarse.

—No. Espera unos minutos. Nadie debe asociar el paso del coche con tu llegada.

Durante esos minutos Paco ve como Lana murmura:

—¿Rezas?

—Algo así, ¿te importa?

Paco esboza una sonrisa:

—¡Eh, tranquila, no va a pasar nada! ¿Vale? Ya sabes, tienes el whatsapp. —Coloca una mano sobre su hombro. Lana nota su calor y le mira agradecida—. Dale, ya puedes salir.

Veinte minutos más tarde, ve acercarse a Lana por el espejo retrovisor y desbloquea las puertas.

—No está. Una amiga de la uni me ha dicho dónde puedo encontrarla.

—¿Está lejos?

—A diez minutos en coche. Sigue más allá por la avenida por la que veníamos.

Detrás de una gasolinera enorme, quizás de las más grandes del entorno de Lypovboda, con un parking lleno de tráileres, camiones y algunos autobuses, un luminoso con leds de colores anuncia en caracteres latinos Music Palace Night Club. Paco se extraña de la denominación:

—Eso de Music Palace Night Club es algo anticuado, ¿no?

—Es la clientela de aquí la que es algo anticuada.

Hacen la misma maniobra de antes. En la puerta no hay mucha gente por lo que prefiere no acercarse. Pasa de largo, aunque el ambiente sonoro de la música electró-

nica repetitiva, les acompaña. Siente un cierto escalofrío cuando justo a la espalda de la discoteca surge un edificio religioso. Una lucecita encendida sobre el amplio porche es todo lo que lo ilumina. Eso y los débiles reflejos de los leds de la discoteca que aún estando orientados en otra dirección encienden y apagan los colores sobre el asfalto.

—¿Qué es eso? —Pregunta Paco.

—Un monasterio. El de las Hermanas José de San Marcos, creo.

—¿Católico?

—Sí, greco-católico.

—Pero, el edificio es moderno.

—Claro, hace cincuenta años estaban perseguidos.

—Pues lo llevarán difícil en el monasterio con la música, ¿no te parece?

—La música solo se escucha en verano, Aquí en invierno hace mucho frío. Imagino que estarán en las montañas ahora.

—¿Y aquello del fondo? —Dice Paco señalando un edificio religioso algo más antiguo y bien iluminado con farolas.

—Una iglesia ortodoxa.

—¿De las tuyas?

—No, esa es de las ucranianas reconstruidas, —Lana se ríe—, depende del patriarca de Ucrania.

—¡Madre mía, qué lío!

—Sí. Es un lío, la verdad.

Paco da vueltas por la zona y decide que el parking es el mejor sitio. Busca un lugar cercano a la discoteca pero desde donde no se vea el todoterreno.

—Te puedes bajar.

—¿No hay que esperar?

—No, no es necesario. Suerte.

Paco está exhausto, ha sido un día largo, demasiado largo y solo tiene cuerpo para irse a dormir. A los veinte minutos suena la notificación del whatsapp.

—Ven, no hay problemas, pero Brândușa no puede salir.

—Lee Paco.

—¿No puede? ¿Es que no le dejan? —Escribe como respuesta.

—Algo así, ella me dice que no le conviene. —Escribe Lana.

—Ok. Vamos a hacer como que no nos conocemos. Intenta bailar con ella, ¿vale?

—Te esperamos junto a la zona de baile.

La puerta del club está bien protegida por dos porteros. Paco se acerca con el todo terreno y lo deja a unos veinte metros, en la parte del parking que da hacia el local pero fuera de la vista de la puerta. Cuando llega, uno de los porteros le pregunta algo a lo que responde con un billete de doscientos lei rumanos, unos cuarenta euros al cambio, y una sonrisa.

Su instinto de policía le hace registrar los más mínimos movimientos de la gente de la sala. Una sala amplia, con la entrada bastante limitada en su acceso pero con una parte abierta al aire libre al fondo de donde sale el grueso de la música. Una barra redonda en el centro da servicio a ambos lados del local. Bastante oscuro y reservado en su primera parte y algo más iluminado con colores y destellos acompasados con la música en el exterior. Paco se acerca a la barra y se coloca en la zona que se abre al fondo. Echa de menos un banquito donde sentarse pero la barra no está pensada para apalancarse. Una chica, bailando, se le acerca y le pregunta lo que Paco piensa que es un «¿qué quieres tomar?»:

—Jameson, —se ve obligado a gritar.

La camarera se vuelve y mira en la dirección de la entrada. Paco, que está orientado en esa dirección, ve claramente como el portero afirma con la cabeza.

—*Ty zaproshenny*, —Paco, comprende bien que el portero ha considerado la bebida incluida en su entrada y responde dando las gracias en lo que él piensa que es un ucraniano básico.

—*Spasybi*.

En una mesa, cerca de la zona de baile, están Lana y su amiga solas. Brânduşa es una joven de pelo muy oscuro y liso. Su minúsculo y colorido atuendo rojo y oro encaja perfectamente con su dedicación, de forma que a su lado el sugerente vestido de Lana parece ciertamente recatado. Paco, tras decir unas palabras que se pierden en el volumen de la música, se sienta junto a Brânduşa. La música está tan alta que el único modo que tienen de entenderse es acercando mucho sus cabezas. Parece imposible que alguien pueda enterarse de lo que hablan.

Lana presenta a Paco. Sin más dilación, Paco intenta saber la información que tiene sobre Víctor y Branka. Lana traduce a la joven:

—Víctor es un peón en manos de alguna gente de Lypov que tiene negocios en España. Se ha ido allí con Branka como podía haberse ido a Italia o adonde le mandaran. Aquí hay mucha gente implicada en negocios extraños. Yo miro, hago mi trabajo y callo, pero sé que toda la información que tengo algún día me sacará de aquí, —y añade con ojos tristes—, viva o muerta.

—¿Sabes los nombres completos de Víctor y sus jefes?

—Sí —traduce Lana— pero no lo quiere decir.

Brândușa habla al oído de Lana. Paco, aunque no entiende nada, hace como que interviene y acerca la cabeza a las de las jóvenes.

—Dice —añade— que tiene una lista con los nombres de muchas personas, fechas, encargos de todo tipo y números de teléfono que haría feliz a más de un policía, y que bastante está arriesgándose al hablar con nosotros dos.

—¿Por qué piensas tú que se atreve a contárnoslo a nosotros? —Pregunta Paco extrañado.

—El padre Vasili le ha escrito un whatsapp esta tarde, le ha dicho que yo iba a aparecer y que le íbamos a ayudar —responde Lana como si tal cosa.

—¿El padre Vasili? —la cara de Paco hace reír a las jóvenes.

Aturdido por la música y las luces, Paco hace lo posible por salir de allí:

—Pregúntale por qué no puede salir, ¿trabaja por libre o tiene un reservado aquí mismo?

Lana mira a Paco con sorpresa. Le parece demasiado grosera la pregunta.

—¿Qué te pasa?

—¿No piensas que es ofensivo? —Pregunta Lana.

—Mira, déjate de remilgos y pregúntale, coño. —Lana es la primera vez que se encuentra con el Paco detective, el Paco duro que por un momento quiso imaginar que no existía.

La respuesta, con una cara un tanto hastiada de ambas jóvenes no se hace esperar:

—Trabaja por libre pero tiene que dar cuenta al encargado. Tiene, digamos, una especie de impuesto que pagar si se va con un cliente fuera.

—¿Cuanto es eso?

—Cien pecs transyldavos, unos treinta euros, —responde Lana.

—¿Y por qué no podía salir antes? —Pregunta Paco extrañado.

—Le tienen prohibido salir con chicas solas, no quieren que se les desmadre la mercancía. Además hoy no ha hecho ningún servicio todavía —responde Lana sin traducir.

—Pues vámonos los tres, venga. ¿A quién hay que pagar?—Propone.

Lana, pegada a la oreja de Brândușa, le traduce.

—Dice que no es fácil, que lo va a preguntar. —Brândușa hace ademán de levantarse. Paco le coge de la muñeca y le dice a Lana—, dile que se espere.

La joven se sienta.

—Déjame que te acompañe. —Lana traduce a Paco.

—No, no, eso no es lo normal. —Responde ella.

—Tampoco es normal que esté Lana, lo mismo quieren que también ella pague.

—Al principio no es así. Si la ven más veces por aquí se lo dirán, pero los primeros días lo dejan pasar. No vengas conmigo, por favor. —Lana traduce las asustadas palabras de Brândușa como si se refiriera a otra persona. Lana está empezando a respirar agitadamente.

—Escúchame, —responde Paco—, no quería decirte esto con tanto ruido, pero no me queda más remedio. ¿Tú estás dispuesta a dejar todo esto e ir a España? Yo puedo conseguirlo. Si la información que nos das es buena, puedes lograr entrar legalmente en España. Este es tu momento. ¿Qué te parece? Si es así, déjame que te acompañe. Yo pareceré un cliente sobón y medio borracho, ¿qué te parece? Quiero verle la cara al tipo que sea. Vamos los tres.

Brândușa calcula, también respira de manera agitada. Una sonrisa tensa aparece en su rostro mientras Lana

le va traduciendo. Finalmente suspira. Habla con Lana. Ella le responde y le da un beso en la mejilla. Paco interviene:

—Me vais a perdonar si os cojo el culo o algo así, es por darle veracidad al asunto.

Brânduşa y Lana se ríen de puro nerviosismo. Ella, con un acento andaluz que Paco no sabe de dónde lo ha sacado le responde:

—¡No sabes tú ná! —Mientras se levantan de la mesa.

Se dirigen a la salida. A la derecha, poco antes de la puerta, hay una mesa en penumbra con dos hombres. Uno de ellos, algo mayor, en cuanto ve a Brânduşa le hace el gesto de doblar varias veces el dedo índice, pidiéndole que se acerque. Paco que tiene cogida a Lana por la cintura y echa el brazo por encima del hombro a Brânduşa, hace como que no se entera. Brânduşa, zafándose del brazo de Paco se acerca. La conversación que tiene lugar es rápida. Paco ve cómo la joven deja caer un billete sobre la mesa que el que acompaña al hombre mayor recoge enseguida. Brânduşa llama a Lana, cuando Paco hace además de acercarse con ella, el acompañante se pone en medio y le impide el paso. Paco se obliga a sí mismo a esperar y aprovecha para verles mejor las caras. El que parece el jefe es un hombre de unos cincuenta con abundante pelo gris y una ropa que recuerda a la deportiva de lujo. El que le acompaña no llega a los cuarenta y tiene un aspecto un tanto anodino, como de maniquí. Paco mete la mano derecha en el bolsillo y pasa sus dedos acariciando el puño americano, expectante. Las chicas se despiden, ahora es Lana la que se agarra a su cuello, riendo. Paco suelta el puño en el bolsillo. Los tres salen por la entrada sin problemas. Al llegar al coche, un hombre corpulento les está esperando junto a la puerta del

conductor y les grita. Paco le dice a Lana mientras le da la llave a distancia disimuladamente:

—Alejaos un poco. En cuanto me quite a este de en medio os metéis y si es necesario os largáis. No os importe dejarme solo.

El gorila no se separa del coche, situado desde hace un tiempo bajo el intenso foco del parking, ve llegar desde las sombras de la noche a Paco. Paco mete la mano en el bolsillo y esta vez agarra el puño con fuerza. La luz escasa alrededor de Paco no le permite al gorila valorar bien la situación

—¡Ven aquí, cabrón! —Le grita en castellano.

El hombretón no sabe bien a qué carta quedarse. En un principio se dirige a las jóvenes pero el grito de Paco le hace dudar, unos segundos que Paco aprovecha para acercarse a él con aire agresivo. El desgraciado cae en la trampa. Un puñetazo certero en la zona del bazo lo deja de rodillas en el suelo casi sin poder respirar. Paco grita a Lana:

—¡Vamos, vamos! ¡Abre!

Se suben al coche y aún no han cerrado las puertas cuando arrancan hacia la salida. Paco evita pasar por delante del local. Por el espejo retrovisor ve a algunos que se acercan al matón que se mantiene en el suelo. Paco pregunta:

—¿Estáis bien? —Sin esperar la respuesta se dirige a Lana—: Sácame de la ciudad en la dirección contraria a tu casa.

Acceden a la autovía pegada a la gasolinera.

—Vale, sigue recto y coge la desviación que pone Muka-liava, —le responde.

—Recuerda que no sé leer cirílico.

—Es verdad. Está a un kilómetro, yo te digo.

—¿Hay alguna circunvalación? —Dice Paco mirando continuamente por el retrovisor.

—En obras. No, no está terminada. Mira, ahí está el desvío.

Salen de la autovía por un carril de desaceleración. Paco ha mirado por el espejo. No hay ninguna luz que les siga. Poco después de coger la carretera secundaria encuentra un entrante a su derecha. Aparca el coche cerca de unos árboles y apaga las luces. Mira su reloj.

—Son las tres. Vamos a esperar aquí unos minutos. —Afirma—, ¿ellos saben dónde vives? —Pregunta a Brândușa.

La chica no está todo lo nerviosa que espera el policía.

—Tardarán un rato en averiguarlo, pero seguro que terminan por saberlo—, traduce Lana.

—¿Está tu casa cerca del club?

—No. Mi casa está en el centro, en lo que aquí llamamos el barrio viejo.

—¿Vives con alguien?

—No. Ahora mismo estoy sola.

—Guíame hacia allí, Lana.

Mientras conducen en dirección al casco antiguo de Lypovboda, Paco intenta hacerse con la situación. La ciudad tiene poca circulación a esas horas de la noche. Algunos operarios riegan las calles y grupos de jóvenes hacen el tonto y gritan.

—Más allá de esa plaza no se puede pasar, —traduce Lana—, es zona peatonal. Está cerrada.

Paco da una vuelta a la plaza enladrillada, rodeada de edificios antiguos.

—Dime si te suena algún coche o ves algo raro, —pregunta el policía. Segundos después aparca junto a lo que parece un edificio oficial.

Paco coge de su bolsa la táser y se la mete en el bolsillo. La pistola abulta mucho pero prefiere tenerla cerca. La casa de Brândușa está muy cerca. Un cuarto piso sin ascensor. Paco piensa:

—«¡Menudo día! Cuando me pueda acostar me va a parecer mentira».

La chica va a encender la escalera. Paco le hace un gesto de silencio llevándose el dedo a los labios y le hace señas de que no encienda la luz. Al llegar al rellano saca la pistola y señala a Brândușa de que abra y se aparte.

Ya en el piso, Lana traduce a Brândușa:

—No parece que haya estado nadie.

—Coge todo lo que pienses que te va a hacer falta. Documentación importante, cosas de valor. No te preocupes de la ropa ni de la higiene, eso es lo de menos. Date prisa, anda.

Paco está como zombie, la falta de sueño y el exceso de ejercicio y tensión, además de un año sin actividad profesional, empiezan a pasarle factura. Teme que un error ponga en peligro a las jóvenes, especialmente a Brândușa.

—Pregúntale dónde tiene el móvil, —le pide a Lana mientras se pasa la mano en un gesto de cansancio por la cabeza, como peinando una cabellera inexistente.

Brândușa señala un bolso pequeño mientras recoge sus cosas.

—¿Tienes datos importantes en el móvil?

Cuando Lana le traduce, responde:

—Cloud. —Y señala al cielo, indicando que están subidos a la nube.

—¿Tienes la contraseña de la nube?

—Sí, de memoria, —traduce Lana.

—Chica lista, —dice él y le pide el móvil a Brânduşa. Le quita la memoria y la SIM. En la cocina abre el grifo y llena una olla de agua en la que deja caer el móvil. Brânduşa grita.

—Dile que no se preocupe, que le haré llegar uno, mientras me quedo con esto —dice enseñando la memoria y la tarjeta y añade—, ¡ah!, dile que se cambie también, pero rápido. Que se ponga ropa deportiva, como si fuera a correr. Y una gorra, y que se recoja el pelo.

Brânduşa está un tanto abrumada con tanta orden. Su nerviosismo cada vez es más notorio. Sin pudor alguno empieza a desvestirse y a buscar, desnuda, la ropa deportiva corriendo de aquí para allá por su pequeño piso. Lana sí se siente incómoda y cierra la puerta del dormitorio.

Paco está ajeno a todo, se ha sentado junto a una ventana que da al acceso del edificio, escruta la escasa luz de la calle, deseando que no aparezca nadie.

—¿Te queda mucho? —Le pregunta a Brânduşa.

Aparece del dormitorio con un aspecto como de joven runner americana, dispuesta a salir a correr. Incluso ha decidido cambiar sus zapatos rojos de plataforma y tiras de cuero por unas deportivas.

—Dice que ya está, —traduce Lana.

—A ver, repasamos: documentación, —a cada solicitud, Brânduşa responde con un tak afirmativo—, dinero, tarjetas, joyas, todo lo que pueda tener datos aparte del móvil.

—¿Datos? —pregunta Lana.

—Sí, agendas, libretas, pendrives, discos duros, portátiles... Veo que ordenador de sobremesa no tienes, —cuando Lana le traduce Brânduşa se lleva las manos a la cabeza y vuelve al dormitorio con dos libretas con las tapas

negras, flexibles, agradecida por lo que Paco le ha recordado, se dirige a él y le planta dos besos en las mejillas.

—Dice que eres un sol.

—Pues dile que cualquier cosa que deje aquí que pueda involucrar a otros hay que destruirla o llevársela.

—*Tak, tak*, —responde la joven.

—¿Todo listo?

—Todo listo.

—Vale, pues ahora vamos a hacer una locura. Vamos a dejar esto como si hubieran entrado a robar, o a buscar algo, pero lo vamos a hacer sin armar ruido, ¿estamos? Hay que dejarlo todo patas arriba. Pon tu bolso en la entrada, no vayamos a confundirnos. Abrid cajones, el ropero, tirad todo al suelo, levantad el colchón, todo hay que dejarlo hecho una mierda, ¿vale?

Lana traduce. Cuando comienzan a desbaratarlo todo, Brândușa tiene un ataque de llanto. Lana se acerca a consolarla mientras el policía no para de vaciar, encima del colchón que ha sacado de la cama, el contenido de todos los cajones: lencería, material de maquillaje, bisutería y cientos de cosas más se confunden. Encuentra un rotulador negro de punta gruesa que pasa a Lana, pi-diéndole:

—¿Sabes rumano?

—No, pero ella sí.

—Pídele que escriba en la pared: «¡Te cogemos, puta!» o algo así, dile que ponga lo que le diría un chulo rumano, como ella lo imagine. Y que use letras grandes y en mayúsculas.

La joven, nerviosa, sin dejar de llorar, se sube al colchón pisándolo todo. Retira un cuadro grande de encima de la cama y se lo pasa a Paco. En la penumbra del cuarto, con la escasa luz que entra por la ventana procedente

de alguna farola de la calle, una mujer vestida con ropa deportiva y un gorro de los Yankees escribe en la pared: *VĂ VOM PRINDE, CĂȚEA*. Cuando se baja de la cama, el policía le pregunta:

—¿Lista?

Sin necesidad de traducción afirma con la cabeza y se dirige a la puerta. Paco coge el móvil empapado de la cocina. Se dejan abierta la puerta del piso y silenciosamente, salen a la calle.

El silencio es aún mayor, la ciudad duerme definitivamente, solo se oyen los gritos de algunos vencejos que han hecho sus nidos en las cornisas de los antiguos edificios. Paco tira el móvil en un arriate, bajo unas plantas. Lana y Brândușa van de la mano. El policía va por delante sintiendo el fresco de la madrugada y atento a cualquier sorpresa.

La llegada a la casa de Lana es rapidísima. Cuando Paco, casi ausente, se dirige a la escalera, oye música celestial. —Espera, espera, que está arreglado, —dice Lana abriendo la puerta del ascensor.

—¿Quién cojones lo ha arreglado de noche? —pregunta Paco extrañado.

—Esto aquí es así. Si está el cartel de «averiado», pues no se usa y si no está, se prueba. Pasa.

Lo cierto es que funciona, lento y ruidoso, pero sube las once plantas que separa el apartamento de Lana del suelo. Una vez dentro Paco siente que toda la tensión y cansancio acumulados asumen el papel de protagonistas y se derrumba en la cama de Lana.

—¿Pero no te vas a quitar la ropa? —Pregunta Lana.

Sin responder ni inmutarse, se quita los zapatos con los propios pies, gira su cuerpo mirando hacia fuera de la cama y dejando más de la mitad vacía. Segundos después se oye su respiración fuerte y profunda, casi cercana al ronquido.

IV

Paco abre los ojos. El sol que entra por la ventana del dormitorio le ha despertado. Se levanta, baja la persiana sin cerrarla del todo dejando que el aire fresco de la mañana entre en la habitación, corre la cortina y coge la tablet que está en su bolsa.

«Con la caída del director del CITCO termina una larga y sórdida era en Las cloacas de Interior, de las que el hasta ahora jefe de la coordinación antiterrorista era el más notorio y encumbrado cabecilla que mantenía un alto cargo policial. Desde las páginas de Público lo habíamos denunciado repetidamente –aportando innumerables pruebas de cargo, documentales y testimoniales– y habíamos reclamado su cese una y otra vez. Ha tenido que perder Rajoy el Gobierno para que terminase esta notoria ignominia.»

Paco lee la prensa. Lana y Brândușa duermen plácidamente a su lado.

—«Mírate, paquito», —se dice—, «aquí con estos dos pibones en la cama y tú leyendo la tablet. Creo que tienes que llamar a España.» —Sigue diciéndose—. «Quizás mejor a Engracia que a Javier. Son las diez, en España serán las doce. Una ducha, y vamos a intentarlo».

Después de muchos intentos sin éxito recibe un whatsapp de la jueza Engracia Rulfi, su amiga de la Audiencia Nacional:

—Ahora mismo no puedo, Paco, te llamo en cuanto tenga un hueco.

El policía le contesta:

—Es urgente, échame una mano, por favor.

A los pocos minutos, mientras limpia una cafetera con restos de hace semanas, suena el móvil. Se seca las manos como puede en el pantalón:

—¡Qué alegría escucharte, Engracia!

La voz al otro lado es seria y no da lugar a muchos saludos:

—Dime, Paco, de qué va esa urgencia. Me he salido un momento de una reunión con el nuevo Director del CITCO, han cambiado muchas cosas por aquí, ya sabes.

—Pues de eso quería hablarte.

El policía, de forma sucinta pero yendo al meollo del asunto le pone en antecedentes de lo ocurrido y de la situación de Brândușa y le pide que le aconseje cómo y con quién organizar la protección.

—Tú estás ahora mismo en...

—Lypovoda, la capital de Transylvania.

—Ajá. Espera un segundo. —El segundo se hace eterno, la mirada de Paco cae sobre los cuerpos jóvenes de las chicas que aún se desparraman vencidos por el sueño sobre la cama—. ¿Estás ahí?

—Sí, claro.

—Es mejor que la lleves a la embajada en Rumanía. Allí tendrán instrucciones de qué hacer.

—Muy bien, jueza.

—Bueno...

—Espera, espera. No hace falta que te diga que esta chica se está jugando el tipo. Ella quiere sacar lo suyo pero te aseguro que está corriendo mucho riesgo. ¡Ah! Y otra cosa, te recuerdo que estoy jubilado, solo para que valores la situación con exteriores.

—Es verdad, joder, Paco, es verdad. Hay que cuidar esos detalles. ¿Cuándo crees que podréis estar en Bucarest?

—Mañana, o pasado como mucho.

—Pasado es domingo. Te llamaré mañana para ver cómo va todo y darte noticias. Eres un hacha, Paco, ¿lo sabes?

—Si yo te contara el paisaje que tengo por delante...— dice Paco mirando hacia el dormitorio.

—Un abrazo.

—Adiós, adiós.

Con un café recién hecho en la mano, Paco sale a la terraza del salón. No ha encontrado leche en el frigorífico y lo poco que hay de comer no le apetece. No quiere despertar a ninguna de las dos. Se siente seguro en esa casa. Desde esa atalaya se despliega el paisaje de la ciudad. En primer lugar el barrio moderno con sus altos edificios que escasamente tapan parte de la vista, el río del que puede observarse el gran meandro que acoge en su curva la ciudad vieja. Mira a un lado y otro hacia afuera. La disposición alternada de las terrazas le permite bastante privacidad. Coge el móvil y llama a Abel.

—¡Paco, tío, qué gusto oírte! ¿Dónde andas?

- Aquí en Lypov, ¿y vosotros?
- También, también.
- ¿Seguís en el Slava?
- Sí, claro.
- ¿Pues sabes lo que te digo? Que si te sales al balcón te veo desde aquí.
- ¿Qué me dices? Ahora mismo me salgo.
- No, es coña. Es que estoy en un edificio alto, al otro lado del río. De esos blancos que están puestos como si fueran fichas de dominó y veo toda la ciudad vieja.
- Pues yo sí que los veo desde aquí. ¿Y qué coño haces ahí?
- Te contaré luego. ¿Vosotros tenéis la vuelta para el lunes, no?
- Sí. ¿Por qué?
- Os necesito. Si os viene mal, puedo apañármelas, pero estoy seguro de que no os va a molestar demasiado.
- ¿Adónde quieres que vayamos?
- Ahora no, más tarde. ¿Conocéis un sitio tranquilo donde quedar?
- ¡Uf! Ya nos tenemos visto Lypovboda y alrededores. Hay un jardín-restaurant cerca del río muy chulo. Si quieres nos podemos ver allí.
- Luego vemos. Mira, no voy a entrar en detalles porque tardaría mucho. Ahora mismo, en el dormitorio de al lado tengo a dos chavalas durmiendo. A una de ellas la busca una gente mafiosa de por aquí. No te digo más. Tenemos que sacarla para Rumanía. Tengo ayuda de alguna gente de aquí, pero necesito que vaya con vosotros, que no os conoce nadie.
- Vale, eso está hecho.
- Me pongo en contacto contigo a lo largo del día. No te despistes.
- Claro, estamos al tanto.

—Gracias, Abel, te debo una.

—Venga, ya me dices.

Se oye charlar dentro del dormitorio. Paco entreabre la puerta y asoma la cabeza:

—Buenos días.

Lana saluda en castellano mientras que Brândușa se tapa la cabeza con la sábana en un gesto claro de que quiere seguir durmiendo.

—¿Café? —Dice Paco enseñando la taza.

—Ahora voy.

Paco recibe a Lana con otra cafetera recién hecha y lo poco que ha podido encontrar para acompañarla de desayuno. Un paquete de galletas algo rancias y un bloque amarillento de mantequilla caducado hace meses. Del congelador ha rescatado lo que en su tiempo fue pan de molde.

—Es todo lo que he encontrado para que desayunéis, —le dice señalando el magro desayuno que ha preparado.

—¡Pues ya es más de lo que yo imaginaba! —Ríe Lana y añade—: ¿Cómo has dormido?

—Como un bebé. Estaba tan rendido que ni recuerdo el momento de acostarme. ¿Hice algo que debiera recordar? —Pregunta riéndose.

—Te comportaste como un pope, —responde la joven.

—¡Vaya! ¡Pues sí que estaba cansado! —Le sigue la broma—. Ahora tenemos que rematar la faena, ¿eh?

—¿Qué es eso? —Pregunta Lana.

—Disculpa, es una expresión taurina que quizás no conozcas. Terminar el trabajo, acabar con este asunto, vamos. Te cuento mi plan y tú me dices si lo ves posible.

Se oye cantar a Brândușa en la ducha. No parece preocupada. Lana y Paco se miran y sonríen.

—¿Es así de alegre siempre?

—Brândușa no es muy reflexiva. Es buena gente, pero ha tenido mala suerte con su familia y algunos amigos. Tiene un carácter alegre y eso le salva. Pero lo ha pasado mal, tu sabes. A veces la gente se hace la superficial como medio de sobrevivir. Creo que ella ha cogido ese método para aguantar lo que se le ha venido encima.

—Ayer me dijiste que el padre Vasili está dispuesto a ayudar. Además avisó a Brândușa de nuestra llegada, ¿tú crees que podemos hablar con él?

Lana coge el móvil:

—¿Qué le digo?

—Espera, espera, no vayas tan rápido. Desayuna y hablamos con Brândușa.

Ella sale envuelta en una toalla y secándose el pelo con otra. Las dos jóvenes hablan entre sí. Paco se dirige a Lana:

—Como sabes, he venido a Transylvania acompañado por unas personas de confianza. Vamos a intentar que ellos la saquen a Rumanía —Lana va traduciendo—. En la embajada de España la esperan. Yo intentaré estar allí, pero si no fuera así, no tiene de qué preocuparse, me pondré en contacto con ella más tarde.

—Brândușa pregunta que a qué hora salen, que se siente encerrada y le gustaría dar una vuelta.

Paco la mira a los ojos seriamente.

—Por ahora nada de vueltas, ¿vale? Probablemente saldréis pronto. Pero nada de vueltas, ni de llamadas, ni de teléfonos, ¿comprendes? Te juegas la vida. ¡Ah!, y la bolsa con tus cosas se queda conmigo. ¿Usáis la misma talla? —Pregunta a Lana.

—Casi de todo, de esto no, desde luego,—dice tocándose los pechos—, pero de lo demás más o menos.

Paco no se fía del comportamiento de Brânduşa. Prefiere tenerla bien controlada. Le pide a Lana que le deje ropa para dos días en una bolsa distinta a la que trajo.

—Que no sea llamativa, como la que tiene ahora.

—Algo tengo, sí.

—Hoy va a ser un día aburrido. Poned la tele, escuchad música o lo que queráis, pero tenéis que esperar. —Paco se levanta y se dirige a la puerta—: Lo dicho. Nada de salir, nada de teléfono. Lana, por favor, que no coja tu teléfono. No le abras la puerta a nadie, ni a un vecino. ¿Ok? Estaré aquí pronto.

—Vale, vale, no te preocupes, —le tranquiliza Lana.

—Luego llamamos al cura, ¿eh?

—Sí, claro.

Paco comienza a andar en dirección a la avenida principal que lleva al río. No quiere mover el coche para evitar sorpresas. No se ven muchos taxis por la ciudad, pero pronto distingue una parada de autobuses. No es capaz de saber cuál le lleva al centro, pero su intuición le dice dónde colocarse. En pocos minutos pasa lo que le parece un taxi y le hace una seña:

—Hotel Slava, —dice al subirse.

En la cafetería del hotel se encuentra con Abel y Pedro, que están avisados. Deciden estirar las piernas un rato y en las últimas horas de la mañana, justo cuando el me-

diodía llama a refrescarse, tres sombras pequeñas se mueven paralelamente por la orilla del río seguidas por ellos. La brisa que trae el río es agradable. Abel y Pedro le van contando todo lo que han hecho en los escasos cuatro días que han estado en Lypovboda.

—Tampoco es que nos haya dado tiempo a hacer gran cosa, ¿eh? Pedro es bastante cansino con las iglesias, las inspecciona con una minuciosidad que parece que fuera a quedarse a vivir en ellas. Se ha preparado suficientemente las características definitorias del barroco transylvano y lo que lo diferencia del ucraniano, cosas que a mí me interesan también, no te digo que no. Pero seguro que tú has tenido unos días más moviditos.

Paco les cuenta resumidamente todo lo que hay sin entrar en detalles y les pone en situación de lo que queda pendiente.

—¿Estaríais dispuestos entonces a acompañar a la joven a Bucarest?

Una llamada de teléfono interrumpe a Paco:

—¿Lana? ¿Pasa algo? [...] ¡Ah! ¿Y dónde está? [...] Pásame la dirección. [...] No, no hace falta, me apaño con el traductor de Google. [...] No, no, prefiero que estés con ella. [...] Voy para allá.

—¿Problemas?

—No. Tengo una entrevista con un pope ortodoxo. Ya os contaré. Pero todavía no me habéis dado ninguna respuesta.

—Que sí, que cuentas con nosotros, —dice Pedro.

—¿Habéis alquilado un coche?

—Pensábamos devolverlo mañana, no sabíamos si volvíamos contigo y estábamos viendo si volver en bus, en tren o en avión porque devolverlo en otro país es una pasta, ¿sabes?

Paco se pone a pensar sobre la logística de los vehículos, el transporte y la seguridad.

—Le daré vueltas, a ver qué se me ocurre. Vosotros devolved el coche mañana como teníais pensado. Ya encontraré una solución. Me alegro mucho de teneros aquí, gracias.

La casa de espiritualidad en el centro de Lypov está bastante disimulada. En las estrechas calles del antiguo barrio judío, una cancela de lugar a un jardín. Paco no encuentra timbre ninguno, pero sí una campana cuya cadena se alcanza desde la calle. Se atreve tímidamente a tocarla. El propio padre Vasili sale a abrir.

—*Ласкаво просимо до нашого будинку в місті*

Paco le hace señas de que le hable al móvil que, obediente, traduce:

—¡Bienvenido a nuestra casa en la ciudad!

Paco interpreta correctamente la austeridad del mobiliario. Lo que se quiere destacar en ese espacio no depende de las comodidades y expresiones de estatus. No sabe bien por qué, pero está cómodo junto a ese hombre más joven que él en edad, pero que siente más viejo de una forma que no sabe expresar, y que le lleva a experiencias de su propio pasado.

Por mucho que despierte ese tipo de recuerdos en el policía, pronto se da cuenta de que no está ante un santón o ermitaño ignorante del mundo, sino ante una persona que cuida de los suyos y sabe bien cómo hacerlo. Tras una larga conversación a través del traductor, Paco le explica la situación y posibilidades de Brândușa y Lana.

—Quiero dejar a la joven en manos de las autoridades españolas en Bucarest el domingo como muy tarde, si puede ser antes, —Paco espera al traductor que no es capaz de hacer largas frases.

El sacerdote asiente.

—También me gustaría volver a ver a Salvador José, —añade—, pero esto no es demasiado importante. Quisiera convencerlo de que visite a su padre.

Vasili le mira en silencio.

—O que deje que él venga, cuando esto se calme un poco. Cuando el traductor acaba de terminar la traducción de la frase, un joven corpulento entra en la sala donde se encuentran.

—Buenas tardes, —dice en castellano con acento pero con claridad.

Vasili le habla.

—¡Ah! Ya veo que tienen ayuda de máquina.

Paco asiente. Se da cuenta de que su español no es tan bueno como el de Lana. Vasili sigue hablándole. El joven recién llegado comienza a traducir.

—Padre Vasili pregunta si una caravan puede servir.

—¿Caravan? ¿Un monovolumen?

—Sí. Para llevar personas. Nosotros podemos llevar a Bucarest en caravan.

—Serían tres personas, mis dos amigos y Brândușa —precisa el policía.

El sacerdote habla con el joven. Paco cree oír los nombres de Salvador y Lana en la conversación, pero espera la traducción del joven que no llega. Por un momento se hace el silencio que rompe Paco con una pregunta:

—¿Podría traer a las jóvenes aquí? Temo que las dos solas, especialmente Brândușa, puedan cometer alguna imprudencia, intentar ponerse en contacto con alguien

y echarlo todo a perder. Lo mejor es sacar a Brândușa de aquí en cuanto sea posible.

El joven traduce al cura que asiente con la cabeza y pregunta a su vez. Entre ambos se ponen de acuerdo y responden:

—La caravan está disponible. Yo conduzco. Hay unas diez horas de camino. Cuando estén aquí todos salimos.

Al día siguiente, Paco suspira aliviado cuando recibe la llamada de Abel desde la embajada.

—Todo bien, Paco. Llegamos ayer noche bien tarde. Este tío que nos trajo, Yosip, es un monstruo del volante. ¡Qué manera de conducir! Pero, aquí estamos, vivos y bien. La gente de la embajada muy amable, nos llevaron a un hotel cercano, a Brândușa le han asignado un agente y parece que los papeles se están cocinando. ¿Y tú? ¿Cómo vas por ahí?

El manos libres le permite hablar y conducir el Dacia al que ya se ha acostumbrado después de cinco días de uso. Lana está a su lado mientras que el padre Vasili va detrás murmurando unos rezos. Paco no quiere confesar que se ha metido en la historia de Salvador y Lana más de lo que recomienda la profesión que tan dignamente y con tanto éxito ha desempeñado durante más de treinta años. La comunicación se interrumpe al pasar por un pequeño túnel alejándose de Lypoboda.

La conversación que ha mantenido con Jacinta esa misma mañana le ha dejado mal sabor de boca. Se arrepiente ahora de su brusquedad y falta de empatía. Da por bien merecida la respuesta de «¡anda y que te zurzan!» con

la que se ha encontrado. Cuando Paco se encuentra en mitad de un operativo, como él le llama, le sientan mal las llamadas de su mujer.

—Te tengo dicho que solo me llames para cosas urgentes, mujer.

—Pero Paco, que ya estás jubilado, *ueme*.

—Mira Jacinta, por muy jubilado que esté esto es un operativo en toda regla. ¿Cómo me puedes llamar a Transyl-davia para preguntarme por cómo se pone Netflix en la tablet que te has comprado? ¡Preguntale a tu amiga Gracia! ¡Hala, adiós!

—¡Anda y que te zurzan! Gilip...—El insulto se interrumpe y Paco no sabe si es que ha colgado o se ha cortado. Unos kilómetros más adelante entra otra llamada. Paco mira la pantalla del Dacia y toca el icono verde del, ya inexistente, auricular telefónico.

—Señora jueza, doña Engracia, voy por mitad del campo. No se si se escuchará bien. Buenos días.

Una voz algo entrecortada pero clara le responde:

—Hola Paco, ¿ya estás con las coñas? Mira que te tengo dicho que no me digas doña Engracia... —Paco sonrío socarrón y la jueza continúa—. Me han llegado noticias de la embajada. Han trasladado toda la información proporcionada a los servicios de traducción y lo que les va llegando a la Unidad del Crimen Organizado les suena a gloria bendita. ¡Joder, has hecho un bingo del bueno! ¿Por qué no te has vuelto ya? ¿Quieres resolver todos los problemas del mundo tú solo?

Lana mira al policía con asombro. El que en un principio era un hombre anodino, un tanto soso y ya mayor, ha ido creciendo ante sus ojos en estos días. Le traduce al sacerdote vuelta de espaldas en su asiento.

—¿Qué es eso que se oye por ahí? —Pregunta la jueza.

—Es un programa de radio, no te preocupes. —Paco mira a Lana y le hace seña de que se calle—. Ya está, ya lo he quitado. Dime. ¿Entonces a la chica esta, Brândușa, le van a conseguir los papeles?

—El máximo nivel de seguridad, Paco. Entra en el programa de testigo protegido, ¡tú no sabes la de gente que va a caer con su información! Esa niña es una mina en explosión. Esta misma tarde vuela para Madrid. Ella y tus amigos, ¿eh? Vienen escoltados por un geo. ¿Vale?—Lana sonríe. El sacerdote está expectante sin entender nada pero comprendiendo que son buenas noticias—. Pero tú nos preocupas, Paco. He estado hablando con el nuevo director del CITCO, es un general de la benemérita. Y me ha dado una noticia que seguro te va a gustar.

—Dispara, Engracia, por favor que me tienes en ascuas. —Te van a proponer el reingreso en el cuerpo, siempre que tú quieras, claro. A efectos económicos este año que has estado cobrando pensión se te compensará extraordinariamente y se considerará trabajado a todos los efectos y pasarías a ser personal de confianza del CITCO, ¿qué me dices?

Paco no puede evitar la emoción. Traga saliva. Se concentra en las curvas del camino.

—¿Paco? ¿Estás ahí? —dice la jueza.

—Sí, disculpa, es que voy conduciendo, ya sabes. Lo pensaré. Pero estoy orgulloso y agradecido, sé que has sido tú la que...

—¡Qué va, Paco! ¡Te equivocas! Han sido el general y el ministro los que, a instancias de tu antiguo jefe Manolo, han pensado que perder un activo como tú es un desperdicio.

—Gracias, jueza. Eres una amiga como no hay dos.

—No te pongas suavón e invítame cuando llegues a Madrid. ¿Vale? Pero ten cuidado, Paco, parece que le has tocado los huevos a gente peligrosa. Ya te digo, Manolo, tu jefe de la UDEV está preparando un operativo y te quiere tener aquí. ¿Cuándo piensas volver?

—No sé, Engracia, la verdad. Espero que en un par de días.

—Bueno, venga, te dejo que hay mucho trabajo.

—Hasta pronto, jueza, y gracias por todo.

En cuanto cuelga, Lana se esmera en contar todos los detalles al sacerdote que asiente en el asiento trasero. Paco, mira a través del retrovisor su cara. Sus ojos se cruzan en el espejo y Vasili apoya su mano en el hombro del policía y sonriendo le dice:

—*Shchyro dyakuyu, dobra lyudyno.*

Lana le va a traducir y Paco le interrumpe:

—No digas nada, prefiero imaginarme lo que me dice.

Vasili mira a Lana que sí traduce las palabras de Paco.

Vasili ríe a carcajadas y dice en voz baja como para sí:

—*Мудрий і дивний персонаж ...*

Paco conoce la carretera que lleva a casa de Mykola. Exactamente en la misma desviación en la que encontró el carro lleno de heno, vuelve a toparse con él, esta vez algo más adelante sin impedirle completamente el paso. Unos minutos después llegan a la valla de madera. Mykola les espera junto a uno de los tractores. No va vestido con ropa de trabajo. Lana le deja sentarse junto a Paco, quedándose ella detrás junto al cura. Inmediatamente se ponen en camino de la finca de sus padres.

Kavdiya agita la mano y les saluda desde la puerta de la casa, deseándoles suerte.

—¿Leíste tú los papeles de Brândușa? —Le pregunta a Lana el policía.

—No. —Responde escuetamente, como molesta.

—¿Por falta de tiempo o por falta de ganas? —Insiste Paco.

—Por pudor, ¿se dice así, pudor?

—Sí, se dice así. Pero no entiendo bien qué quieres decir tú con pudor.

—Me dio miedo saber algo que tuviera que arrastrar toda mi vida conmigo.

—Ya. Algo, como por ejemplo, relacionado con tu padre.

—No, no, eso no necesito confirmarlo, me lo he imaginado yo sola.

—¿Entonces? —Paco lleva la conversación mirando a los ojos de Lana a través del retrovisor, que ha movido para poder seguirla. La carretera se va haciendo algo más complicada y alterna su vista al frente y al espejo con una facilidad que Mykola, que está a su lado, interpreta con cierto temor.

—Lo que no quise saber son nombres de personas que pudiera conocer, de personas poderosas de Lypovboda con las que tenga la posibilidad de cruzarme o encontrarme más adelante. Simplemente tuve miedo de saber.

—Responde algo asustada.

—Hiciste bien. Es la mejor manera de protegerse. —Haciendo un silencio calculado, como queriendo dejar un punto y aparte en la conversación, pregunta—: ¿Cómo piensa abordar el padre Vasili nuestra aparición en la finca de tu padre?

Lana le traduce al sacerdote que comienza a hablar con rapidez. Ella le hace un gesto para que le permita traducir. El sacerdote espera:

—El asunto es que vamos a visitar a mi madre. Con la excusa de que hoy es su santo, el padre Vasili quiere ver si es posible un reencuentro con sus hijos. Él cree que tu presencia es providencial, que puede ayudar. Para él todo encaja. Su sueño de San Gabriel, la forma en que te has comportado, lo que él llama la «liberación» de Brândușa, está confiado en que las cosas en nuestra casa van a volver a su cauce.

—Mira, yo no creo que estas cosas se puedan resolver con una visita. Vamos, mi experiencia en temas familiares no es mucha. Yo no tengo hijos...—Lana le interrumpe y comienza a traducir, cuando termina prosigue Paco:

—Pues eso, que no tengo hijos, pero lo que he vivido en las familias de otros es que estas cosas no se resuelven en una mañana.

El sacerdote hace una pregunta que Lana traduce:

—¿Te importaría ser el padre de Salvador durante unas horas?

—¿Cómo?

Paco aminora la marcha, ha soltado el pie del acelerador y la cuesta arriba proporciona una frenada suave. El camión que está detrás hace sonar el claxon. Paco acelera con rapidez y pide disculpas por la brusquedad. Lana traduce al padre Vasili:

—Dice que estas cosas es mejor hablarlas en otro momento. A unos kilómetros hay una gasolinera y un lugar donde descansar un rato. Mejor allí.

—¿Por qué se le ha ocurrido semejante barbaridad, padre? — Se queja Paco incómodo con la taza de café en

la mano. Lana intenta traducirlo con la intensidad de su voz. Paco no puede evitar sorprenderse de la fidelidad del tono de voz de la joven que imita al del sacerdote. Mykola permanece callado pero su gesto parece refrenar la opinión de Paco.

—No es una barbaridad, —traduce Lana— el padre no ha terminado de contarte lo que quiere hacer.

Aunque las intenciones del padre Vasili son buenas y su plan está lleno de sentido, Paco no las tiene todas consigo. Su olfato le dice que Arseni, el padre de Lana y Mykola, no se va a tragar que ese señor calvo que no se parece ni por asomo a Salvador sea su padre. Y que coincida su llegada con el santo de la madre, ya es demasiado. Vasili quiere que el encuentro entre unos y otros sea casual, que la llegada del falso padre de Salvador les coja de sorpresa a todos. Para eso tiene previsto llegar a un pueblo cercano en donde le esperan para aparecer en un viejo coche local. Pero Paco está lleno de incógnitas:

—¿Él no ha visto una foto de padre de Salva?

—No. —Responde Lana.

—¿Y cómo se supone que conozco la dirección? —Pregunta el policía.

—Porque Salvador te ha dicho el nombre del pueblo por teléfono —le responde Lana argumentando el plan del sacerdote.

—¿Y a qué vengo aquí? —Continúa preguntando.

—A saber de tu hijo, que hace meses que no te coge el teléfono —sigue argumentando.

—¿Y qué se pretende con todo esto? Porque imagino que a tu padre, Lana, todo esto le va a importar muy poco.

—Más de lo que te crees. Te respondo yo, Fran. No te traduzco. Mi padre tiene intención de ser un prohombre de

la zona. Imagino que tener un españolito por aquí al que debe dinero, se supone, y está haciendo preguntas sobre su hijo no le sentará muy bien.

El cura interviene y habla con Lana.

—El padre dice que si él hace de mediador entre tú y mi padre, lo mismo es capaz de reconducir las cosas. El padre de Salvador ya ha dado el dinero por perdido, ¿no?

—Traduce Lana.

—En principio sí. Claro que a nadie se le escapa que le gustaría recuperarlo, pero sí, mis instrucciones no son las de recuperar el dinero a toda costa —responde Paco. El cura sigue hablando y Lana intenta traducirle lo más rápido que puede:

—Entonces ese dato corre a nuestro favor. Quiere decir que es algo con lo que podemos negociar porque tú puedes formular la intención de recuperarlo de alguna manera. A Arseni le preocupa su fama. No es un mafioso y tiene intenciones políticas. Un escándalo judicial le perjudica. Así que eso puede servir para recuperar el terreno que Mykola y Lana han perdido.

—¿Y Salvador? ¿Está al tanto de esto? Porque lo veo muy alejado de este tema.

Lana habla con voz propia:

—Creo que ver a Salva vestido de esa forma en la pustinia te ha distorsionado el paisaje.

—¿Qué?

—Que me parece que te has hecho una idea incorrecta de Salvador. Él está en la pustinia temporalmente, como si dijéramos, haciendo un retiro. Quiere aclararse en relación con su vida aquí conmigo. No es un loco ni un fundamentalista. Está buscando su lugar en este mundo. A Salvador le gustan los caballos, más que a mí incluso. A pesar del disgusto de la fiesta, él sigue sintiendo amis-

tad hacia mis hermanos mayores, especialmente hacia Bohdan. Mi hermano se ha beneficiado mucho de los conocimientos teóricos de Salva y lo mismo siente Salva de los detalles cotidianos y trucos que mi hermano conoce por su experiencia.

Mykola, que asiste callado a la conversación, empieza a sentirse incómodo. Lana le traduce a la vez que le responde. Paco no logra enterarse bien, solo a retazos, de la conversación:

—¿Y yo qué? ¿Dónde queda el insulto de mi padre en todo esto? Os recuerdo que la bofetada me la dio a mí, —logra entender de entre las palabras de Lana.

El padre Vasili se levanta:

—Se hace tarde. Toma la decisión que quieras, pero vamos a seguir adelante. Contigo será más fácil. De cualquier modo tenemos que llegar al pueblo.

—¿No nos verán llegar juntos? —Dice Paco.

—No. Nosotros nos quedamos a las afueras, en el monasterio. Allí nos dejas y preguntas haciéndote el ignorante en el propio pueblo. Si tardas un rato, todavía mejor, más creíble. —Le responde Lana.

La llegada a la finca de la familia Yaremznzha no le resulta fácil sin indicaciones. Finalmente ha conseguido que un anciano se monte con él en el Dacia. Nada puede ser más convincente que su llegada con un lugareño que le hace de guía. El anciano, que ha tardado en comprender el sistema de traducción con el móvil, le ha mostrado una especie de veneración al que él ha llamado señor Yaremznzha. Sus frases traducidas, no por simples dejan de ser elocuentes.

—Todos estamos agradecidos a D. Arseni. Ha traído mucho trabajo a nuestro pueblo. Antes era una aldea perdida en la montaña. Él y su familia han colocado nuestro pueblo en el mapa.

Paco esperaba una versión algo ampliada de la casa de Lana y Mykola y no el impresionante caserío con un edificio de estilo rural recién reconstruido a su lado conformando una especie de pequeña aldea. Desde mucho antes de la llegada al lugar la presencia de los caballos es más que evidente. Cuando se acercan a la finca ven varios vehículos aparcados. Un hombre se les acerca antes incluso de parar. El anciano, con la ventanilla bajada, intercambia unas palabras. Paco, después de bajarse, le hace señas al joven que tiene cara de malas pulgas y le hace un gesto que solo puede interpretarse de una forma «¡Largo de aquí!»

Paco intenta calmarlo enseñándole el móvil para traducirle pero el joven le pega un manotazo tirándolo al suelo. Con paciencia, sin alterarse, pero bastante alerta a la respuesta del joven, Paco da un paso atrás y se dirige a cogerlo del suelo. Se oye un grito del anciano a su espalda. Paco se olvida del móvil y se gira bruscamente evitando un golpe de bastón que termina descargándose sobre el hombre. La confusión está servida. Los gritos del anciano y del hombre atraen a otras personas que salen de una de las grandes puertas de la casa.

Varios minutos después, cuando las disculpas están pedidas, el hielo está colocado prudentemente en la cabeza de Bohdan y se constata que el móvil de Paco solo ha

sufrido daños menores en la pantalla, Arseni y sus hijos están sentados en el jardín de la casa. El mayor bastante apurado por el error cometido que ha terminado costándole un buen golpe a su hermano. Julia, la madre de los hermanos menores tiene a su hija Lana cogida de la mano y los restos de sus lágrimas aún sobre el rostro. Es una mujer de mediana edad que aún guarda algo de su belleza juvenil. El padre Vasili, sentado junto a Mykola, bebe un vaso de agua. El anciano que ha acompañado a Paco está siendo atendido en la cocina. El nivel de vida de los Yaremzha ha dejado bastante sorprendido a Paco que esperaba algo más pobre, más propio de lo que él imagina que debería ser una empresa rural en una república exsoviética. Un silencio molesto se convierte en protagonista del momento. Lana le habla a su padre y termina traduciendo a Paco:

—Mi padre me dice que siente mucho no ayudarte —y añade—, como aquí nadie me entiende te cuento lo que veo en vez de traducir sus palabras.

—Vale, entiendo. Se supone que tú llevas la voz cantante. Arseni sigue hablando:

—Está diciendo que la culpa de que Salvador no esté con ellos la tiene el padre Vasili, que le ha llenado la cabeza de pájaros. No cuenta nada de lo que ocurrió en la fiesta cumpleaños.

El sacerdote se levanta, pidiendo a los demás que permanezcan sentados. Lana le traduce a Paco:

—Prefiere esperarnos en el coche. Le dice a mi madre que se siente bastante satisfecho de haber traído a sus hijos en el día de su santo.

—Pregúntale a tu padre si ya está en marcha el negocio del hotel rural del que me hablaba Salvador.

—Sí, sí. Está en marcha y va bien —responde.

—Entonces será posible que Salvador recupere su inversión, ¿no? O que al menos pueda recuperar su trabajo. Lana mira a Paco sorprendida por lo directa de su pregunta.

—Traduce, traduce sin miedo —le dice el policía.

El padre se ríe de forma nerviosa al escuchar a su hija. Levanta un poco el tono de voz sin caer en el exceso. Levanta su mano derecha y chasquea los dedos a alguien que, a unos metros, está al quite de lo que pide su patrón. Julia tiene sus manos entrelazadas que mantiene en su regazo, casi entre sus piernas, tensa. Mykola no acaba de creerse lo que está viendo. El joven que acerca su oído a la boca de Arseni asiente. Sus hijos hacen ademán de levantarse mientras que su padre los calma. Cuando Lana oye lo que le pide su padre que traduzca pone reparos, su padre le insiste:

—Dice mi padre que qué prefieres para tu hijo: ¿Un trabajo como veterinario en esta empresa o que se vuelva para España con el dinero que usted le dio? Esto es lo que me pide que traduzca, pero yo no creo que eso lo tengáis que decidir entre vosotros dos, ¿no? Sobre todo siendo tú quién eres, ¿no te parece?

—Tiene razón, Lana, pero me da la impresión de que este es un momento importante. ¿Qué quieres tú? ¿Crees que Salvador quiere venirse a España? ¿Y tú?

—Queremos quedarnos aquí pero no sé si seremos capaces de encajar ahora en lo que nos ofrece mi padre.

—Dile a tu padre que me gustaría que mi hijo decidiera y que, en cualquier caso, se debería reconocer su participación de forma legal, ¿no?

Arseni habla con el joven que permanece de pie detrás de él. Poco después llega con un sobre que pasa a Lana. Cuando Lana lo abre tarda en darse cuenta que aquello

que Paco le ha pedido estaba ya hecho. Arseni le habla a su hija pero también mira para todos los demás y para su mujer. Lana traduce:

—Mi padre dice que él no es un ladrón. Que tiene un carácter fuerte y que a veces puede ser demasiado intenso, pero que sabe lo mucho que valen cada uno de sus hijos. Dice, y esto tendré yo que hablarlo con él más adelante, que quiere nietos de Salvador y de mi y que no tiene ganas de coger un avión cada vez que quiera verlos. Aquí está la copia de la escritura pública con el veinte por ciento de la empresa, a mi nombre y el de Salva. Cada uno de los hermanos tenemos la misma participación y mi madre y mi padre la otra quinta parte.

Paco respira aliviado y sonrío ofreciendo su mano a Arseni.

—Es fácil entenderse con un hombre como usted —le dice—, seguro que llegará a ser un buen político.

Cuando Lana le traduce Arseni afirma con la cabeza.

—¿Le apetece quedarse a comer con nosotros? —le traduce Lana.

—Claro, pero no nos podemos dejar al cura tomando el sol, ¿no le parece?

Una carcajada generalizada elimina la poca tensión que queda.

Epílogo

—¿A Castellón? ¿No llevas aquí ni una semana y te vas a Castellón? —le pregunta Jacinta algo airada. Paco no sabe bien qué contestarle. No le gusta dar detalles ni siquiera a su mujer del operativo que se va a llevar a cabo en pocas horas.

—A ver, hay que atar los cabos sueltos. Además, me llevan en helicóptero, eso va a ser un abrir y cerrar de ojos, mujer.

Lo de que lo lleven en helicóptero a Jacinta le gusta. Tiene como una especie de orgullo vicario por las cosas de su Paco que, unido a lo morboso de su profesión de inspector de policía, le da cierta satisfacción que, por supuesto, no está dispuesta a admitir delante de su marido.

—Bueno, si es tan importante, vas y te vuelves, ¿vale? No te lées rescatando a muchachitas de no sé qué otro burdel, ¿vale?

—¡Hay que ver cómo eres, Jacinta! Por favor, no hables de esas cosas así fuera de casa. No sabes la de oídos que están al tanto.

—¿Ahora me vienes con esas? Así que una lleva media vida casada con un inspector de policía y encima tiene que aguantar esos sermones un día sí y otro no. ¿Cuándo te han traído problemas mis amigas y lo que les cuento?

Paco hace memoria y encuentra al menos seis ocasiones, una de ellas grave. Como quiere a su mujer con locura se muerde la lengua y deja pasar la pregunta retórica.

—Vale, vale, no te enfades —le dice cogiéndole el culo a la vez que le da un beso— pero se cuidadosa, elige bien

a quién le cuentas qué y sobre todo, nunca en público, por favor. Ahora que Brândușa está con nosotros tienes que evitar cualquier cosa que la pueda poner en peligro. Por cierto, ¿se ha levantado? —dice señalando una de las habitaciones.

—La pobre lleva varios días recuperando el sueño. ¿Viste lo flacucha que vino? —Pregunta Jacinta sin intención de esperar una respuesta—. Estoy muy contenta de tenerla aquí. ¿Sabes?, ya empieza a decir palabritas en español, Gracia es muy buena profesora. Mira, le da clases a ella de español y a mi de la *lingua* a la vez, ¿cómo es que no se lía? Pues eso, que la niña —Jacinta había empezado ya a llamar a Brândușa con el apodo de «la niña»— está mejorando a ojos vista.

—A mi siempre me ha parecido que estaba muy mejorada desde que la conocí. —Mientras dice esas palabras empieza a medir el impacto que tienen bajando el tono de voz a algo prácticamente inaudible cuando llega al final de la frase.

—¡Paco, por favor! ¡Que te puede escuchar!

—No sabe tanto español como para entenderme. Además, ¿qué he dicho yo que haya que ocultar? ¿O es que no sabes a lo que se dedicaba tu niña?

—¡Qué pena! ¡Qué pena! ¡Lo que habrá vivido la pobre! El policía no quiere seguir los derroteros de esa conversación y quiere poner su mente en el operativo que se avecina. Por supuesto que, como idea teórica le produce tristeza la compraventa de cuerpos y favores sexuales, pero sabe bien, como cualquiera que haya trabajado en la noche, que hay de todo. Aunque lo más común es que la miseria y el dinero fácil lleve a una joven a a esos mundos, también la oscuridad y la sombra forman parte de la condición humana de clientes y trabajadoras. No tiene

muy claro que su Jacinta no vaya a terminar escaldada con su generosa acogida. Él en principio se negó. Cuando Jacinta fue a Madrid invitada por la jueza, estaba contentísima de ver como en uno de los restaurantes cercanos a la Audiencia Nacional, Paco, su Paco, era felicitado por la mismísima jueza. En ese momento se puso a hablar con Engracia mientras Paco intercambiaba detalles y anécdotas con su exjefe Manolo.

—Brândușa se va a venir una temporada con nosotros, Paco, ya lo he hablado con Engracia. Ha sido ella la que se lo ha preguntado a la chica. Estará encantada hasta que su situación se aclare del todo y pueda comenzar una nueva vida en España, ¿qué te parece? —Paco, ajeno a la conversación de su mujer, no es capaz de darse cuenta muy bien de la propuesta.

Apenas pudo balbucear un:

—Buenoooo..., tú verás...

Pero claro, en ese momento no veía la oportunidad de hacerle ver a Jacinta lo poco oportuno de la decisión. Ya en el hotel, cansado de viajar por media Europa, haciendo repaso del día; despertar en Transylvania, kilómetros de carretera, paso de la frontera, devolución del Dacia en Satu Mare, avión a Frankfurt, espera en el aeropuerto, avión a Madrid, reunión en el CITCO, reencuentro con Brândușa, reunión con su exjefe, hotel, ducha, esperar a Jacinta, besos, cena... Paco se rinde ante el sueño y solo se le escucha decir:

—Mañana tenemos que hablar... estoy fundido.

No es la primera vez que Paco monta en helicóptero, pero nunca había aterrizado en mitad de un operativo en

el puerto deportivo de Castellón, y menos en un tablero gigante del juego de la oca. Le acompañan dos agentes de la UDEV, uno de ellos su antiguo jefe Manolo. Durante el trayecto desde Cartagena, en donde lo recogieron, lo ha ido poniendo al tanto de la investigación que, paralelamente a su presencia en Trasyldevia, la Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta junto con el Centro de Inteligencia contra el Terrorismo y el Crimen Organizado han llevado a cabo usando, en parte la información proporcionada por él y más adelante por Brândușa.

—La aparición de la segunda muñeca fue un tanto proverbial, ¿sabes? —Escucha a través de los auriculares con el ruido de fondo de las aspas del helicóptero.

—¿La de la noticia del periódico mediterráneo?

—Sí, esa. Cuando cotejamos los números de serie de la de San Gabriel y la de Castellón, nos llevaron a un fabricante chino que nos puso en contacto con el distribuidor español. El distribuidor estaba encantado de colaborar pues andaba detrás de unas falsificaciones de mala calidad y bajo precio que estaban dañando mucho su negocio.

—¿Entonces las muñecas eran falsas?

—Nada más tienes que verlas juntas y compararlas.

—Una tarea de mal gusto, en cualquier caso, —dice Paco riendo.

—Si no fuera por lo que hay alrededor del tema la cosa no pasaría de ser una coña entre policías. —Le dice Manolo—, pero el asunto tiene otras ramificaciones: extorsión, robo con violencia y un asesinato en un polígono de Castellón. Y esa es la parte que se ve, la punta del iceberg. Luego estarán los temas de corrupción, inmobiliarios y demás... tú sabes.

—Por lo que cuentas suena a los primeros pasos de una mafia Transyldevia, ¿no?

—Más bien internacional. La jueza, que es la que dirige jurídicamente el operativo, me ha dicho que es la operación más ambiciosa que ha dirigido desde que ejerce. Mira, ahí está la Oca, —dice señalando el suelo que se acerca.

Desde el aire, el puerto deportivo de Castellón se ve como en una postal. Un tablero gigante del juego de la Oca, rodeado de coches y furgones de policía y guardia civil se va ampliando conforme el helicóptero aterriza.

La noticia del descabezamiento de una red mafiosa y la detención de más de cincuenta personas de distintas nacionalidades tanto españoles como ciudadanos de la UE y de algunos países de Europa del este ocupan las portadas de los periódicos y la cabecera de los noticiarios de televisión.

—¡Y todo por una muñeca! —Le dice Jacinta a su marido viendo el telediario de la noche.

—No, mujer. Eso ha sido un pieza en un puzzle más grande, del que ni siquiera yo conozco toda su extensión.

—La jueza sí lo tendrá todo en su cabeza, ¿no?

—No creo que ni siquiera los que han intentado montar esa trama tengan en su cabeza el conjunto de los hechos. Estas cosas se van haciendo más y más grandes y llega un momento en que son inabarcables.

Jacinta se queja:

—Tú es que eres muy modesto. Ya te lo ha dicho mucha gente, que eres tu peor enemigo.

—Tengo un amigo que dice algo así como: «Soy enemigo de mí y soy amigo de lo que he soñado que soy».

—Sí, lo recuerdo.

—Pues aplícame el cuento a mí.

Las imágenes del helicóptero aterrizando en el tablero del juego de la oca del puerto de Castellón han aparecido en todos los noticiarios del país. Jacinta, que ha aprendido a capturar vídeos de las páginas web de periódicos digitales y canales de televisión, comparte uno en el que se puede ver un primer plano de Paco saludando a sus superiores y a la jueza. Su lista de difusión de whatsapp tiene más de cien números incluidos entre familia, los menos, amigos y gente de todo tipo que, en algún momento de los últimos años han compartido el número de teléfono con ella.

Jacinta está orgullosa de su marido y, la verdad, es que es para estarlo.